

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

LA MAGIA DE PEPE CHANG

*Lou
Carrigan*





**SERVICIO
SECRETO**



LOU CARRIGAN

**LA MAGIA DE
PEPE CHANG**

SERVICIO SECRETO n.º 1646

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B 39865-1981
Impreso en España Printed in Spain
2ª edición en España: febrero, 1982

© Lou Carrigan, 1975

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5.
Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N 152, Km 21,650)
Barcelona 1984

CAPÍTULO PRIMERO

Seguramente, no era un genio, pues a fin de cuentas estaba actuando en el Jaguar Club, que no era, ni mucho menos, el mejor de Nueva York. Ni siquiera uno de entre los diez mejores. Si hubiera sido un genio, habría estado actuando en uno de estos diez, pero, de todos modos, resultaba evidente que era demasiado bueno para el Jaguar.

Su nombre y fotografía estaban en el vestíbulo del Jaguar Club, en la vitrina donde se exponían los nombres y fotografías de los demás artistas que formaban el grupo de atracciones. Es decir, había varias fotografías de él: en una aparecía vestido de mandarín chino, en otra de *marine* de la U.

S. Navy,

en otra, de mujer con larga cabellera rubia, en otra de anciano mendigo, en otra con un elegante esmoquin...

Aquí, en ésta de esmoquin, muy elegante, se le veía manejando un mazo de naipes como si fuesen un acordeón. Tenía las manos muy separadas, y entre ellas, el juego de cartas parecía suspendido en el aire por algún truco fotográfico. Pero no sólo sabía hacer esto, sino también, por ejemplo, tomar una bombilla entre sus dedos, y hacer que se encendiese y se apagase. O sacar palomas de dentro de un paquete de cigarrillos. O hacer desaparecer un vaso de *whisky* con un simple gesto de sus hermosas manos bronceadas, fuertes, elegantes. O mostrar sus manos vacías, impulsarlas hacia arriba, y provocar una lluvia de flores...

También había conseguido hipnotizar a uno de los clientes del Jaguar Club, el cual, cuando despertó y volvió a su mesa no se creyó lo que le dijeron sus amigos, riendo: que había estado actuando como un mono, rascándose los sobacos, dando saltos y

profiriendo gritos graciosamente simiescos.

También sabía abrir cualquier cosa que le presentasen; desde un simple candado a una gran caja fuerte. O librarse de las cuerdas con que uno de los clientes lo ató, de pies y manos y rodeando todo su cuerpo, de modo que quedó convertido en un auténtico fardo. O liberarse de unas esposas de acero que le colocaron en las muñecas y otras en los tobillos...

En resumen, parecía que era capaz de hacerlo *todo*.

Por eso, aquella noche, el gran mago Pepe Chang Ivanovitch estaba cosechando las tandas de aplausos más nutridas que se escuchaban en el Jaguar Club hacía mucho mucho tiempo.

La penúltima tanda de aplausos se debía a su habilidad para hacer papilla el collar de una señora, previamente metido en un pañuelo. Lo había machacado concienzudamente con un pequeño mazo de madera, hasta convertirlo en simple harina. Luego, había sacudido el pañuelo ante la cabeza de, la desconsolada propietaria del collar, que se había encogido... Pero del pañuelo no cayó nada. Absolutamente nada...

¿Y el collar?

Pues, el collar apareció rodeando el tallo de una hermosa rosa que apareció, por auténtico arte de magia, en la mano de Pepe Chang Ivanovitch, que la ofreció con una sonrisa destrozacorazones a la dama, que estuvo a punto de desmayarse por la emoción. No por la emoción de recuperar su collar, sino por la sonrisa de Pepe Chang.

La despedida fue verdaderamente espectacular.

El gran mago Pepe Chang Ivanovitch se detuvo paseando por la sala mostrando un gran pañuelo de bellos colores, completamente extendido, pidiendo a damas y caballeros que le hiciesen el favor de examinarlo a la vista y al tacto.

No había absolutamente nada de extraordinario en el pañuelo. Era un pañuelo. No va más.

Podía haber engañado a las damas, porque las tenía fascinadas y, si hubiese querido, les habría hecho ver un barco volando. Pero no a los caballeros. Para los caballeros, lo que tenía importancia era el pañuelo. A ellos no les importaba lo más mínimo que Pepe Chang fuese un hombre alto, joven, con un rostro aterroradoramente viril, con los ojos negros, la sonriente boca bien dibujada, la barbilla

sólida y firme como un farallón, y los modales de todo un señor. A ellos, lo que les importaba era el pañuelo, y que aquel mago no les tomase el pelo.

De acuerdo. No había nada en el pañuelo.

Entonces, Pepe Chang volvió al centro de la pista circular, mostró una vez más el pañuelo por ambos lados, lo hizo agitarse suavemente, y, de pronto, le dio una sacudida enérgica.

—¡Voilà!

—¡Hop!

Del pañuelo completamente vacío se desprendió ni más ni menos que un enorme y hermoso gato siamés, que dio una elegantísima vuelta en el aire, y cayó sobre sus cuatro patas en la pista, con una suavidad, con una elegancia indescriptibles.

La última tanda de aplausos fue ya, decididamente, la más nutrida que se había escuchado jamás en el Jaguar Club. Y aún hubo más aplausos cuando Pepe Chang extendió su brazo izquierdo, y el gato siamés saltó allí, desplazándose en el acto hacia el hombro de Pepe Chang, donde se acomodó majestuosamente mientras éste saludaba.

Fin.

Mientras el gran mago se retiraba, en una mesa habían dos hombres que tenían el ceño fruncido, y que no parecían aplaudir de muy buena gana. Y en cuanto Pepe Chang desapareció, se miraron, todavía con el ceño fruncido.

—¿Tú qué crees, Miguel? —preguntó uno de ellos, en español.

—No sé, Pedro —dudó el otro, en el mismo idioma—. La verdad es que no sé qué pensar.

—Podría ser una buena solución.

—Sí, podría serlo —asintió Miguel—. Siempre y cuando ese hombre fuese realmente capaz de hacer cosas extraordinarias. Al fin y al cabo, todos sabemos que esos magos utilizan trucos.

—Hombre, claro que emplean trucos. Pero ¿qué nos importa eso a nosotros? Lo que nos importa a nosotros, son resultados. Por mí, si ese hombre pudiese conseguirlo, que lo hiciese como le viniera en gana.

—Desde luego, tenías razón en una cosa: es un fenómeno. ¿Cómo lo encontraste?

—Simplemente, leyendo el periódico. Había una propaganda de

las atracciones del Jaguar Club, y en ella se mencionaba a Pepe Chang Ivanovitch como una sensación. Me vine aquí, lo vi, y después de mucho pensar, te avisé... ¿Qué perdemos probando?

Miguel vaciló, mientras se rascaba la coronilla. Estaban los dos en una mesa de las que rodeaban la pista de baile y actuaciones, con una botella de champaña, ya vacía, ante ellos. Pero todavía les quedaba un poco en las copas. Por fin, Miguel vació la suya, y dijo:

—De acuerdo. Vamos a verlo.

Pedro vació también su copa, se pusieron ambos en pie, y se dirigieron hacia el fondo del local, donde estaba la puerta que accedía a la parte de atrás del club, donde estaban los camerinos. Cruzándose con un grupo de chicas que lo enseñaban casi todo, y que se disponían a salir a la pista para cerrar la diversión del día, Miguel y Pedro no tardaron en llegar ante la puerta que ostentaba el cartelito de Pepe Chang Ivanovitch.

Se miraron, y luego Pedro llamó con los nudillos.

La voz les llegó con nitidez, autorizando, en inglés:

—Pueden pasar.

Entraron los dos en el camerino. Pedro cerró la puerta, y luego se quedó mirando, poco menos que paralizado de espanto, a Pepe Chang Ivanovitch, que estaba dándoles frente, de espaldas al espejo, de pie. Estaba desnudo de cintura para arriba, y sostenía una camisa en una mano... Tan sólo por el simple hecho de tener el brazo doblado, su bíceps parecía a punto de estallar. En cuanto al pecho, hombros, cuello y abdomen, mostraban una cantidad y calidad tal de musculatura que, sí, era sencillamente aterrador.

No la musculatura de un hombre grueso y fuerte y nada más, sino la musculatura armónicamente desarrollada de un formidable atleta.

Cuando Pedro pudo por fin mirar a los ojos de Pepe Chang, se dio cuenta de que el atractivo y viril personaje tenía alzadas las cejas en gesto interrogante, y que había en sus negríssimos ojos una chispita de amable ironía.

—¿Sí? Ustedes dirán, señores... —inquirió, siempre en inglés.

—¡Emm...! Bueno, nosotros hemos estado presenciando su actuación...

—Lo sé. Los he visto a ustedes bebiendo champaña y dudando todo el tiempo de mi magia.

—¡Oh...! Bueno, es que usted hace cosas... asombrosas. Sí, asombrosas, ¿verdad?

—Verdad —sonrió el mago—. Pero ustedes no las creen. Espero que no sean esos clásicos clientes que vienen a pedir una demostración privada con el fin de solicitar luego la explicación del truco.

—No, no... A nosotros no nos interesa cómo hace usted sus trucos, señor... señor...

—Pepe Chang Ivanovitch. Pero pueden llamarme Chang. Es más sencillo.

—Pero usted no es chino...

—Eso creo —rió Pepe Chang—. Pero les aseguro que mi gato, al menos, es auténticamente siamés. Con *pedigree*, ¿comprenden?

—Sí, claro... Es un animal muy hermoso.

—Y muy inteligente —dijo, amablemente Pepe Chang, poniéndose la camisa.

—Por supuesto, sí... Por cierto: ¿dónde está?

—Está encima de la barra del colgador móvil, detrás y a la izquierda de ustedes, vigilándoles con gran atención, por si tuviesen la mala ocurrencia de molestarme.

Miguel y Pedro se volvieron a la vez, respingando. Y, en efecto, allá, encima de la barra que sostenía los diversos trajes del gran mago, estaba el animal, observando a los visitantes de su amo, con una fijeza pavorosa: más de quinientos músculos y una mente perversa en actitud expectante, vigilante. Los ojos, grandes y redondos, tenían un tono extraordinariamente mezclado de azul, verde y gris. Dos pupilas que parecían de frío cristal.

Pedro tragó saliva, y volvió a mirar a Pepe Chang.

—Le aseguro que no tenemos la menor intención de molestarle, señor Chang.

—No es necesario que me lo digan a mí —volvió a sonreír el mago—. «Lupita» sabe cuándo va a suceder esto, un segundo antes de que suceda. Así que, ustedes verán.

—¿Se llama... «Lupita»?

—Es una gata. —Pepe Chang comenzó a ponerse la cortaba—. Las gatas son unos animales extraordinarios en verdad. Más que los gatos... Una gata tiene un sentido de la propiedad, la amistad y la fidelidad verdaderamente impresionantes. ¿En qué puedo servirles?

Pedro y Miguel cambiaron una mirada. Miguel dijo:

—Yo pienso que usted es un puro fraude, señor Chang.

—En cambio —dijo Pedro—, yo estoy convencido de que, realmente, usted puede hacer todo lo que le hemos visto hacer.

—Si lo he hecho, es que puedo hacerlo, ¿no? —se sorprendió Pepe Chang.

—Estamos hablando de la realidad —deslizó Miguel—. ¿Podría usted hacer todas esas cosas sin truco?

—Estoy seguro de que sí —dijo Pedro.

—Pues yo te digo que no —rechazó Miguel.

—Que sí, nombre.

—Que no.

—¡Vaya que sí!

Pepe Chang iba mirando de uno a otro, con expresión divertida... Terminó de ponerse la corbata, y alzó una mano.

—Caballeros... Puesto que yo soy el objeto de discusión..., ¿serían tan amables de decirme qué pretenden exactamente ustedes? Sin más complicaciones, por favor.

—Bueno... Nosotros hemos hecho una apuesta, señor Chang. Mi amigo Pedro dice que usted puede hacer todo eso. Yo digo que no... Y nos hemos apostado cincuenta mil dólares.

Pepe Chang parpadeó. Miró quizá con una pizca más de atención a sus visitantes, quizá como preguntándose si realmente aquellos hombres podían disponer de cincuenta mil dólares. Bien..., ¿por qué no?

—Es una apuesta importante —dijo, por fin.

—No debe preocuparse por eso: cualquiera de nosotros puede perder cincuenta mil dólares con toda tranquilidad.

—Pues les envidio.

—Y usted podría ganar veinticinco mil.

Pepe Chang, que estaba alargando la mano hacia su chaqueta de calle, se quedó inmóvil. Se volvió, miró a uno, miró a otro... Se sentó en el taburete ante el espejo, siempre contemplándolos. No señor: aquellos dos hombres no estaban bromeando.

—Supongo —dijo—, que esos veinticinco mil dólares me los pagaría, aquel de ustedes que ganase la apuesta.

—Es lo justo, ¿no? —sonrió Pedro—. La mitad para usted, la otra mitad para mí.

—O para mí —dijo Miguel.

Parecían dispuestos a reanudar la discusión, pero Pepe Chang alzó sus fuertes y elegantes manos.

—Calma, calma... Hablemos de la apuesta, y ya veremos quién la gana. Supongo, que no van a pedirme, por ejemplo, que les baje la luna.

—Lo que vamos a pedirle, si juzgamos por lo que hemos visto hace unos minutos, es perfectamente posible para usted —dijo Pedro.

—¿De qué se trata, en fin?

—Tiene usted que robar en mi casa —dijo Miguel.

—Robar, ¿qué?

—Lo que encuentre en la caja fuerte. Mejor dicho: una de las cosas que hay en mi caja fuerte. Una caja metálica, del tamaño de una caja de cigarrillos habanos.

—Eso quiere decir que tengo que abrir la caja fuerte, ¿no?

—¡Eso lo hace usted hasta dormido! —exclamó Pedro.

—Quizá. Oigan: ¿de verdad esto no es una broma?

Pedro se adelantó, metió la mano derecha en el bolsillo interior izquierdo de su chaqueta..., y oyó tras él un bufido que convirtió su sangre en hielo. Así que se quedó paralizado, pálido...

—Quieta, «Lupita» —dijo Pepe Chang, en español—. No está pasando nada, mujer: van a darme dinero. ¿No es así, señor... señor...?

—Pedro —pudo alentar éste.

—Yo soy Miguel —se presentó el otro—. Habla usted muy bien el español, señor Chang.

—No tan bien como ustedes, quizá, que son sudamericanos... ¿O me equivoco?

—No se equivoca.

—Bueno —sonrió Pepe Chang, hablando de nuevo en inglés y mirando a Pedro—. Puede sacar lo que sea, don Pedro. Y no se preocupe por «Lupita», que ya está avisada.

Pedro sacó la mano, con un gran fajo de billetes de mil dólares. Contó veinticinco, hizo un rollo con ellos y los mostró.

—Veinticinco mil. Serán para usted en cuanto me entregue la caja que Miguel tiene en su casa.

—Se entiende, la caja metálica que hay dentro de la caja fuerte,

¿no?

—Sí, claro.

—Bien... A mí me parece mucho dinero por una... actuación, don Pedro.

—¿No le interesa? —se decepcionó éste.

—¿Por qué no? Para mí, abrir una caja fuerte no representa dificultad alguna...

—No se trata sólo de eso —cortó Miguel—. Mire, señor Chang, no vamos a decirle quiénes somos nosotros, pero quizá usted comprenda algo si le digo que en mi casa hay vigilancia.

—¿Vigilancia? ¿Personal o de alarma?

—Personal. Desde que mi país me envió a Estados Unidos, se organizó esa vigilancia en mi residencia. Por nada especial, pura rutina, ¿comprende? Cosas de la diplomacia.

—Ya... En resumen, además de abrir la caja, tengo que burlar la vigilancia de unos cuantos hombres. Y quizá haya también alguna alarma electrónica.

—No, no... Eso, no.

—Nada de alarmas —murmuró Pepe Chang—. Por lo tanto, yo tengo que ir a su residencia, entrar en su casa sin ser visto, y sacar la caja metálica del interior de su caja fuerte. Luego, me reúno con ustedes, les entrego la caja metálica, como prueba de mi bien hacer, y me dan veinticinco mil dólares.

—Exactamente. Le estaremos esperando, en mi coche, en un lugar adecuado, que convendremos al llegar allá.

Si no perdemos tiempo podemos llegar hacia las dos de la madrugada.

—¡Ah...! ¿Su residencia no está en Nueva York?

—No. En New Haven. Sólo hay setenta y cinco millas hasta allí. ¿Tiene usted coche?

—Tengo una furgoneta en la que llevo todas mis cosas y vivo. Es más cómoda que un hotel, en cuanto a complicaciones de reservas se refiere: no tengo que avisar si llego tal día o tal otro. Simplemente, me presento en el lugar donde me han contratado, y cuando llega el momento de descansar, bajo la litera y listo.

—Es una buena idea. ¿Acepta?

—¿Cuántos hombres vigilan la casa?

—Dos o tres. Depende. Ellos se lo arreglan a su manera en esto

de los turnos.

—¿Van armados?

—Bueno... Pues...

—Ya veo que sí —sonrió Pepe Chang—. Naturalmente, usted no habrá pensado la sucia jugada de avisar a sus hombres de lo que va a ocurrir, con el fin de ganarle la apuesta a su amigo don Pedro.

—Sobre la honradez de Miguel respondo yo mismo —dijo Pedro.

—Lo cual significa que estamos entre caballeros —sonrió Pepe Chang—. Y siendo así, acepto.

—¡Estupendo! —exclamó Pedro—. ¡Usted y yo acabamos de ganar veinticinco mil dólares cada uno, señor Chang!

—Le aseguro que no me irían nada mal —dijo Pepe Chang—. ¿Tiene algún plano de su casa, don Miguel? ¿O eso no entra en las condiciones?

—No veo por qué no habría de entrar. Claro que no llevo encima ningún plano de mi residencia, pero puedo dibujárselo. Incluso le diré exactamente dónde está la caja fuerte.

—Pues francamente —sonrió, una vez más, Pepe Chang Ivanovitch—, me parece que nunca en mi vida habré ganado veinticinco mil dólares con tanta facilidad. Veamos qué tal dibujante de planos es usted, don Miguel...

CAPÍTULO II

Detuvo la furgoneta cerca de la estación del ferrocarril, paró el motor, apagó las luces, y encendió un cigarrillo. Durante un par de minutos estuvo fumando, pensativo. Había pasado por delante de la residencia de don Miguel, sita en el 812 de Columbus Avenue, New Haven. Eran, en efecto, las dos de la madrugada. Y siete minutos. Atrás, en un lugar convenido de la Estatal 95, habían quedado los dos adinerados amigos que tan alegremente se jugaban cincuenta mil dólares...

—Maooo... —Maulló, dulcemente, «Lupita».

Estaba en el asiento de al lado. Pepe Chang la miró, y vio los reflectantes ojos, fijos en él.

—Extraño asunto, ¿verdad, «Lupita»? —habló con la gata en español, acariciándole la cabeza—. Pero veinticinco mil dólares es una cantidad que a ti y a mí nos vendría muy muy muy bien.

—Maooooo...

—De acuerdo, entonces.

Metió el cigarrillo en el cenicero, cerró éste, y se tocó el hombro derecho. «Lupita» se acomodó inmediatamente allí. Pepe Chang salió de la furgoneta, la cerró, y emprendió el regreso hacia el 812 de Columbus Avenue. No había un alma en la avenida. Ni siquiera circulaban coches. En alguna parte, unas luces de neón parpadeaban, como blandas explosiones de luz en la noche estival. Una noche perfecta, sin calor. Una fresca noche de verano.

Volvió a pasar por delante de las verjas que rodeaban la residencia, y tampoco esta vez vio a nadie. Solamente la luz del amplio pórtico estaba encendida. La casa, a unos cuarenta metros de la entrada, era sólo una gran mancha blanca.

Llegó al extremo de la verja, extendió el brazo, y «Lupita» se

desplazó por éste. Pepe Chang la agarró con la mano izquierda, con cuidado, y la pasó por entre dos barrotes.

—Te estás engordando —susurró.

—Maooo...

—Ssst.

La soltó. Luego, escaló la verja, y saltó al otro lado. Al caer, se apoyó también con las manos, quedando acucillado. «Lupita» apareció ante él, se alzó sobre las patas traseras, y con la delantera derecha le dio un afectuoso zarpazo suavísimo, como un contacto de seda, en una mejilla.

—Maooo...

—Ssst. ¡Hala, vete! —señaló—. Vete por allí. Vamos, vete...

La gatita se alejó unos pasos, se volvió a mirar a su amo, que le hizo señas de nuevo, hacia el centro del jardín. «Lupita» se alejó unos pasos más, y de nuevo se volvió. Nuevas señas de Pepe Chang... Finalmente, la gata debió comprender, porque se dirigió hacia el lugar señalado. Mientras tanto, Pepe Chang se deslizó por entre los setos hacia la casa, pero dando un rodeo, hacia la parte de atrás.

Y, de pronto, vio al hombre.

Estaba sentado en un pequeño banco tras el cual habían unos setos. Por un instante, vio también la brasa del cigarrillo. Poco a poco, sus ojos se iban acostumbrando a la difuminada luz de la avenida que llegaba hasta allí por entre setos y árboles. Plátanos altísimos, de grueso tronco y frondosa copa.

Pepe Chang esperó el tiempo necesario para que sus ojos alcanzasen la óptima visión en aquellas circunstancias. Luego, sacó un silbato y sopló en él, con fuerza. No se oyó silbido alguno... Pero, hacia el centro del jardín, de pronto, comenzó a oírse ruido de arbustos...

—¡Nico! —Oyó hacia aquella parte—. ¡Ven, corre!

El hombre que estaba fumando tiró el cigarrillo, lo aplastó con un pie, y echó a correr hacia aquella parte, sacando una pistola, cuyo brillo vio perfectamente el intruso. Pero, ciertamente, el llamado Nico iba en dirección equivocada, y Pepe Chang aprovechó para deslizarse, a toda prisa, hacia la parte de atrás de la casa, mientras oía:

—¿Qué pasa? Ramón, ¿qué pasa...?

—¡Hay alguien por aquí! ¡Ten cuidado!

Sonriendo, Pepe Chang llegó hasta una ventana, y probó a alzarla. No lo consiguió. Encogió los hombros: aquello era tan fácil para él, como lo era para «Lupita» burlarse en la oscuridad de dos torpes seres humanos. Era una gatita muy lista y obediente... Y, además, su sensibilísimo oído captaba sin esfuerzo alguno el ultrasónico sonido del silbato con el que hacía años la entrenaba Pepe Chang. Un sonido que el oído humano no alcanzaba a percibir.

Y la ventana quedó abierta.

La alzó, entró en la casa, y bajó la cristallera. No había que dejar señal alguna, por si aquellos tipos, alarmados, decidían dar una vuelta alrededor de la casa.

Se había aprendido sin dificultad el plano de la casa que Miguel le había dibujado, así que llegó sin contratiempos a la puerta del despacho, que estaba abierta. Entró, se fue directo hacia uno de los cuadros de la pared de la izquierda, y lo abrió, como la tapa de un libro. Por toda iluminación, el levísimo resplandor que entraba por la ventana, procedente de la avenida. Un resplandor en el que hacía falta tener verdaderos ojos de gato para poder obtener fruto visual de él.

Pero, una vez puesta la mano sobre la puerta de la caja fuerte, Pepe Chang Ivanovitch no necesitaba luz alguna. Tardó exactamente veintidós segundos en abrir aquella solidísima puerta. Y, en efecto, no sonó alarma alguna. Metió la mano dentro y tanteó, hasta notar la superficie metálica.

Un instante después, sacaba la caja metálica. Probó a abrirla, pero estaba herméticamente cerrada, lo cual le hizo sonreír... La depositó cuidadosamente en el suelo, y sacó más cosas de la caja fuerte. Había dinero, papeles, libretas que dedujo eran pasaportes, unas llaves, una pistola... Estuvo vacilando unos segundos, pero, finalmente, lo dejó todo en su sitio. No: no valía la pena encender su pequeña linterna para ver unos cuantos pasaportes... ¿O sí?

Tras nueva vacilación, sacó los pasaportes. Con ellos en la mano se fue detrás del sofá, se acuclilló allí, y encendió la diminuta linterna contenida en su bolígrafo. Abrió un pasaporte, y lo iluminó.

Estaba a nombre de Servando Ugarte, expedido por el gobierno de Hontemala. Estuvo unos segundos contemplando la fotografía del tal Ugarte: un hombre de unos cincuenta años, muy calvo,

rostro agradable, mirada inteligente. Encogió los hombros. El siguiente pasaporte estaba a nombre de Luis Lorente, también de Hontemala. Este Lorente quizá tendría cuarenta años, pero parecía mucho mayor, con aspecto cansado... Llevaba lentes. Pepe Chang miró la fecha de su nacimiento; en efecto, tenía cuarenta y dos años.

Cuando miró la fotografía del tercer pasaporte, Pepe Chang Ivanovitch notó algo así como un tremendo puñetazo en la boca del estómago, vaciándolo de aire.

—Por la virgen... —musitó.

Por lo general, las fotografías para pasaportes no son precisamente unas maravillas, pero, en aquella ocasión, el fotógrafo se había lucido... A menos que, realmente, aquella muchacha fuese así de bonita, sin retoques de ninguna clase. Tenía un rostro sencillamente delicioso y dulce, de una belleza sobrecogedora. Sus ojos eran grandes y rasgados; sus cejas, finas; su nariz, recta, pero un poquito respingona, lo justo para anular la frialdad que podría haber habido en un rostro tan hermoso y correcto... La boquita era de forma un tanto redondeada, llenitos los labios, dulce, dulcísimo el gesto de una leve sonrisa... Descripción final y definitiva, a juicio de Pepe Chang: adorable. ¡Y qué cabellos tan hermosos tenía, oscuros, ondulados...!

El sonido de una voz, sorprendentemente cerca, sobresaltó al intruso, que apagó la linterna en el acto. Se quedó rígido, escuchando... Provenía de afuera, del jardín. La palabra gato, en español, llegó claramente a sus oídos.

Esperó un par de minutos. Luego, regresó ante la caja, pareció sobresaltado por algo, y volvió tras el sofá. Abrió el pasaporte de la muchacha. Nombre: Matilde Robles Carvajal. Nacionalidad: hontemalteca. Edad: veintidós años...

Finalmente, lo dejó todo en su sitio, cerró la caja fuerte, recogió la caja metálica del suelo, y se dispuso a alzar el vuelo del lugar.

Llegó ante la ventana por la cual había entrado, y miró hacia el banco donde antes había estado el guardián. No estaba allí, sino de pie, un poco más cerca. Imposible salir sin ser visto. Recurrió de nuevo al silbato, soplando en él por tres veces, tras alzar la ventana un par de centímetros y colocarse acucillado ante la ranura, de modo que el pito estuviese delante mismo.

Casi al instante, sonrió, al escuchar los furiosos maullidos en la parte de delante de la casa. El guardián que estaba viendo respingó, y echó a correr hacia allí, tras un gesto furioso.

Pepe Chang salió, corrió hacia las verjas, las escaló con gran agilidad, y saltó al otro lado. Retrocedió, pasó al otro lado de la avenida, y emprendió el regreso, tranquilamente, hacia donde había dejado la furgoneta. Una vez dejada la residencia atrás, volvió a utilizar el silbato, una sola vez, muy prolongada.

Llegó poco después a la furgoneta, se sentó ante el volante, y bajó el cristal de la ventanilla... Pocos segundos después, la gatita aparecía allí, en ágil y segurísimo salto.

—Maooo...

—Lo has hecho muy bien —sonrió Pepe Chang, tomándola para depositarla en el asiento de al lado—. Mañana te compraré una tarrina de caviar para ti sola. Caviar persa, naturalmente.

—Maooo...

Pepe Chang Ivanovitch sonrió, y puso en marcha el motor.

* * *

Pedro fue el primero en ver las luces de la furgoneta, acercándose al lugar de la cita, y señaló hacia allí. Miguel siguió la dirección del gesto, y achicó los ojos.

—Quizá no sea él —musitó.

—Quizá no. Pero no me parece que sea momento para que haya mucha gente en la carretera. Y mira sus luces: son más altas que las de un turismo, pero menos que las de un camión.

—Maldita sea mi estampa... ¡No es posible que lo haya conseguido!

—Ya te dije que podía hacerlo. Claro que hay truco en todo lo que hace esa gente que se llaman magos..., pero, precisamente, ahí está lo bueno: que tienen trucos para todo. ¿No viste cómo abría las cajas fuertes en el Jaguar?

—¡Bah! Se debe saber de memoria la combinación de esas cajas que lleva consigo...

—¡Que no, hombre! ¿No te he dicho mil veces que me aseguré bien? Son cajas que traen gente que se dedica a construirlas. Las llevan allá, y les sirve de publicidad...

—¡Pues vaya una publicidad si un tipo cualquiera puede

abrir las!

—¡Pero qué demonios de cualquiera, hombre! A ver si lo quieres entender: ese tipo debe llevar años practicando todas esas cosas que hemos... ¡La señal! ¡Es él!

Las dos luces, que se habían ido acercando más bien lentamente, se habían apagado, para encenderse y apagarse de nuevo tres veces antes de quedar de nuevo encendidas. Miguel, al volante del coche, contestó a la señal. Segundos después, la furgoneta se detenía al otro lado de la carretera, todas sus luces fueron apagadas... Pepe Chang saltó al suelo, y se acercó al coche, lo rodeó por delante, y fue a sentarse finalmente en el asiento de atrás.

—¿Lo ha conseguido? —Casi gritó Miguel.

—¡Claro! —Mostró Pepe Chang—. Aquí está la caja.

Pedro lanzó, una exclamación, salió del coche, y fue a sentarse atrás, junto a Chang. Tomó la caja, y la acercó a la luz de las estrellas en el hueco de la ventanilla...

—¡Trae! —exigió Miguel—. ¡Quiero verla yo!

Pedro se la entregó. Miguel la examinó, y asintió, con gesto entusiasmado.

—Sí, sí, sí... Es ésta, en efecto. ¡Está cerrada con llave!

—¿Quiere que se la abra? —rió Pepe Chang.

—No... No es necesario.

—Bueno. ¿Qué hay de los veinticinco papelotes?

—Págale, Pedro. Y recuérdame que te debo veinticinco mil dólares.

—Hombre —rió Pedro—. ¡Si te parece, se me va a olvidar!

Metió la mano en el bolsillo interior, y sacó... una pistola, que quedó apuntando al pecho de Pepe Chang Ivanovitch. Éste, que había tendido la mano y sonreía, se quedó como una estatua. Hubo un lento parpadeo en sus ojos. Eso fue todo.

—Lo siento —dijo amablemente Pedro—. Espero que no quiera complicar las cosas, señor Chang.

—¿Me han engañado? —murmuró Pepe.

—Hombre, claro.

—Bien... ¿Qué tengo que hacer ahora?

—Simplemente, salga del coche y vaya a su camioneta..., con la cual jamás podría alcanzarnos. ¿Está de acuerdo?

—Por completo. Podría haber salido mucho peor librado.

—Me gusta la gente razonable. ¡Adiós, señor Chang!

—¿Ni siquiera mil? —masculló el mago.

—Ni un centavo. Necesitamos el dinero mucho más que usted.

—Lo dudo..., pero no vamos a discutirlo, ¿verdad? Adiós..., y ojalá revienten.

Se volvió hacia la portezuela, puso la mano en la manilla para abrirla..., y recibió en la parte posterior de la cabeza un tremendo trastazo propinado por Pedro con la pistola. Pepe Chang rebotó contra la puerta y se desplomó en los brazos de Pedro, que lo sostuvo, mascullando:

—Abre de una vez.

Miguel se volvió, abrió aquella puerta..., y la cerró, cuando Pedro hubo empujado fuera del coche al desafortunado mago. Luego, puso en marcha el coche, y arrancó en dirección a New Haven.

—Te llevo adonde dejaste tu coche —dijo Miguel, mirándolo por el retrovisor—. Yo voy a regresar a la residencia. Luego, diré que lo he pasado fenómeno con una chica de cualquier club, y prepararé lo demás.

—¿Crees que podrás matarlos y escapar? —susurró Pedro.

—Espero que sí. Ahora ya tenemos la caja, así que lo demás puede hacerse de cualquier manera. No te preocupes por eso: los mataré a los tres, y podremos escapar. Lo tenemos bien estudiado. Nos reuniremos dentro de tres días.

—Está bien. ¡Demonios, esta caja está verdaderamente cerrada...!

—Ábrela de un balazo, hombre.

—Buena idea. Para un momento: utilizaré la manta para ahogar el estampido del disparo.

Miguel detuvo el coche a un lado. Salieron los dos, abrieron el maletero y sacaron de allí una vieja manta, que Pedro dobló varias veces antes de cubrir con ella la pistola. Tuvo que disparar dos veces para destrozar la pequeña pero solidísima cerradura.

Se guardó la pistola, tendiendo la manta a Miguel.

—¡Toma, guárdala! Tiraremos la caja por ahí, y me llevaré en el bolsillo...

No se iba a llevar nada.

Nada.

Por la sencilla razón de que la caja estaba vacía.

Durante unos segundos, los dos estuvieron contemplando el interior de la caja, reluciente... Pedro metió la mano dentro, moviéndola de un lado a otro. Poco, porque la caja era tan pequeña... Una caja del tamaño de una de cigarros habanos. Era poco probable que allá pudiese esconderse algo que abultase más que un cabello.

Cuando se miraron, los dos tenían los ojos desorbitados, el rostro descompuesto por la mueca de furia..., y de comprensión.

—¡La ha abierto! —chilló, por fin, Pedro—. ¡La ha abierto y se lo ha quedado todo...! ¡El ha podido abrirla con toda facilidad, y se ha quedado...!

Miguel corría ya hacia el volante. Pedro bajó la tapa del portamaletas, corrió a sentarse junto a su amigo, y cerró la portezuela con tal fuerza, que el coche pareció a punto de desencuadrarse. Miguel maniobró para colocarse en dirección a Nueva York, y se lanzó hacia allí a toda velocidad.

—¡Lo voy a acribillar! —gritó Pedro—. ¡Esta vez lo mato, te lo juro...!

Pues no, señor.

Ni siquiera eso.

Porque cuando llegaron adonde creían encontrar todavía sin sentido a Pepe Chang Ivanovitch, éste había desaparecido. Y también su furgoneta, por supuesto.

—¡Volvamos a Nueva York, vamos al Jaguar Club...!

—Cálmate —aconsejó Miguel—. No ganaremos nada volviendo a ese club, porque el señor Chang había terminado su trabajo por hoy. Son las tres de la mañana, Pedro.

—¡Pero tenemos que volver allá, tenemos que encontrarle...!

—¿Y cómo? Ni siquiera está alojado en un hotel, sino que duerme en su furgoneta; y eso puede hacerlo lo mismo en Nueva York que en Buenos Aires. Ese tipo ya no aparece hasta la hora de su actuación mañana en el Jaguar... Y eso, con mucha suerte para nosotros. Mucho me temo que Pepe Chang Ivanovitch debe estar alejándose de estos lugares a toda velocidad. Desengáñate: jamás volveremos a verlo.

—¡Pero tiene un trabajo en Nueva York, tiene...!

—En Nueva York no tiene nada que no pueda tener a mil millas

de aquí. Llamará mañana por teléfono al club, dirá que se le ha muerto su abuela, y que no puede terminar el contrato, que le perdonen, etcétera, etcétera. En realidad, sólo nos queda una esperanza.

—¿Cuál?

—Pues... Bueno, no debemos considerar tonto del todo al señor Chang, ¿verdad?

—No... No parece tonto. ¿Y qué?

—El tiene el contenido de la caja. Se preguntará qué demonios es todo eso, y, por supuesto, comprenderá que, sea lo que fuere, es muy valioso para nosotros. A ti no sabría cómo encontrarte, pero quizá decida intentar localizarme a mí en la residencia.

—¿Para qué?

—Para pedirme dinero a cambio del contenido de la caja.

—¡Pero él ya debe haber comprendido que esa casa no es tuya, que le hemos utilizado para robar...!

—Sí. —Miguel se pasó una mano por la cara, con gesto abatido

—. Realmente, en el último sitio del mundo en el que posiblemente encontraríamos al señor Chang, es en la residencia. Mala suerte.

CAPÍTULO III

Pepe Chang detuvo la furgoneta apenas a cien metros de la hermosa residencia, que ahora, a plena luz del sol, se veía en toda su magnificencia, rodeada de jardines, sombreada por los altísimos plátanos de enorme y frondosa copa. Incluso, ahora, se podía ver la piscina, hacia el lado izquierdo de la casa. Es decir, se veía la palanca a la que se accedía por la escala de tubos de hierro cromado...

—Sobre todo —amenazó Pepe Chang a «Lupita», agitando un dedo sobre su cabeza—, pórtate bien. Nada de genialidades, ¿estamos de acuerdo?

—Miaooo...

—Sí, sí; eso decís siempre todas las hembras, con vuestra más dulce voz: miaooo... Y luego, no hay quien os pueda controlar. Pero esta vez va en serio, «Lupita».

La gata adelantó la cabeza, y la frotó contra el costado de Pepe Chang, que le rascó la garganta.

—Bueno —dijo—, ponte en mi hombro. Pero con cuidado, que es el traje nuevo, y tienes unas uñas que no me gustan nada... Por cierto, que tengo que recortártelas cualquier día de éstos. ¡Recuérdamelo!

Se tocó el hombro derecho, y la gatita efectuó un ágil y suavísimo salto, acomodándose allí. Salió de la furgoneta, que cerró, pues no resultaría en absoluto gracioso que le robasen a él, y se dirigió hacia la villa.

Poco después, tiraba de la cadenita..., mientras miraba el grupo de hombres que había en la parte derecha del jardín. Esto es, precisamente por donde él había efectuado su incursión la noche anterior. Todos miraban hacia el suelo, y cambiaban comentarios.

—A lo mejor están buscando mis huellas —le dijo a «Lupita»—. Y seguramente las encontrarán. Pero me pregunto: ¿les va a servir de algo?

Uno de los hombres que estaban mirando hacia el suelo volvió la cabeza hacia la verja, lo vio y, tras vacilar, se encaminó hacia allí. A medida que se acercaba y Pepe Chang veía mejor su rostro, comprendía que en aquella casa la gente no estaba.

—¿Qué quiere usted? —graznó el hombre, cuando se detuvo al otro lado de las verjas, frente a Pepe Chang.

—Buenos días —dijo, amablemente, Pepe Chang, también en inglés.

El hombre parpadeó. No porque se sintiese molesto ante una persona más educada que él, sino porque había mirado a «Lupita», sobre el hombro del visitante. Estuvo unos segundos como atónito. Luego, miró de nuevo a Pepe Chang con inusitado interés.

—Buenos días... ¿Qué desea?

—Mi gatita y yo quisiéramos ver al dueño de la casa. ¿Cree que eso es posible, señor?

El hombre volvió a mirar a la gata y asintió.

—Seguramente —murmuró.

Abrió la verja, y Pepe Chang entró. El hombre señaló hacia la casa, pero cuando Pepe se disponía a dirigirse hacia allí, alzó una mano.

—¿Lleva usted armas?

—Claro que no —negó Pepe Chang.

—Tengo que comprobarlo.

—¿Sí? —sonrió el mago—. ¿Y cómo?

—Pues es muy sencillo —sonrió también el otro, aviesamente, adelantando las manos—, sólo tengo que...

—¡Fuuuu! —dijo «Lupita», al ver aquellas manos cerca de su amo.

El hombre quedó paralizado y palideció. Pepe Chang vio cómo se le erizaba el vello de las manos, y la contracción de sus párpados. Sonrió amablemente.

—¿Decía usted, señor...?

—No puede usted pasar si lleva armas —farfulló el hombre.

—Bueno... En realidad, no es al dueño de la casa a quien he venido a ver, sino a la señorita Robles.

—¿A quién?

—Matilde Robles Carvajal. Y le aseguro que no suelo dedicarme a utilizar armas contra mujeres. Ni contra nadie. Soy una persona de lo más pacífica.

De nuevo miró el hombre a «Lupita», y una vez más a Pepe. Volvió a señalar hacia la casa.

—Venga conmigo. Le llevaré con la señorita Robles.

Recorrieron el sendero, observados con grandioso interés por los demás hombres que habían estado mirando al suelo. Uno de ellos señaló hacia ellos, y acto seguido todo el grupo comenzó a caminar detrás de Pepe Chang.

—Me parece —dijo éste en español, volviendo la cabeza hacia la gata— que anoche te hiciste famosa, «Lupita».

Fueron hacia el lado izquierdo de la casa. Ahora podían ver perfectamente la piscina. Estaba rodeada de césped y de plátanos que daban sombra a un lado. Era un lugar muy agradable.

El introductor de Pepe Chang señaló hacia la parte de la piscina soleada. Allí, de espaldas a ellos y de cara al sol, había... una silla de ruedas, de inválido, cuyos cromados relucían al sol. Pepe Chang pudo ver los hermosos cabellos negros, ondulados, de la persona que ocupaba aquella silla de ruedas. Sólo eso, de momento. El otro señaló hacia allá.

—La señorita Robles —dijo.

—¿Es la que está en esa silla? —musitó Pepe Chang.

—Sí. Está inválida... Tuvo un accidente de coche hace algunos meses, y las piernas le quedaron paralizadas.

—¿Para siempre o se podría...?

—Para siempre. Se ha intentado todo.

Pepe Chang se pasó la lengua por los labios.

—¿Hay inconveniente en que hable con ella?

—Supongo que no.

—Gracias.

Se encaminó hacia allí, no poco impresionado. Pero, antes de llegar, antes de que la muchacha hubiese podido verle, comenzó a sonreír... Era un esfuerzo horrible, pero consiguió hacerlo de modo más que aceptable.

Cuando, tras rodear la silla de ruedas, se colocó ante la muchacha, la sonrisa era perfecta.

—¡Hola! —saludó alegremente—. ¿Qué tal?

La muchacha lo miró vivamente. Luego miró a «Lupita», y de nuevo a Pepe Chang, como sobresaltada, con los ojos muy abiertos. Era tan hermosa, tan tan hermosa, que Pepe llegó a pensar que la estúpida y falsa sonrisa que tenía en los labios se le iba a caer de un momento a otro. En realidad, la fotografía no había hecho justicia a Matilde Robles Carvajal: era aún más bonita al natural.

Y además, ahora podía verla muchísimo mejor, porque estaba en bikini. Su cuerpo era delgado, pero espléndido, con unas formas bien definidas. Su piel parecía de cristal dorado. Era tan bella, que Pepe Chang se sentía sobrecogido, casi asustado.

—Ya ve usted —murmuró la muchacha—. Tomando el sol.

Hablaba perfectamente el inglés, pero Pepe Chang notó el leve acento sudamericano. ¡Qué acento tan suave, qué voz tan dulce...!

—Ésa es una medida no sólo embellecedora, sino saludable —aprobó Pepe Chang—. Aunque no hay que abusar, pues lo que es bueno para la salud en dosis prudentes, puede ser malísimo en dosis exageradas.

—No se preocupe por mi salud —cortó ella—, ya está bastante deteriorada.

Pepe miró sus piernas. Eran preciosas. En toda su vida debía haber visto cuatro o cinco pares de piernas como aquéllas. No más. Unas preciosas piernas... que no servían para nada.

—¿Puedo sentarme?

—Ojalá yo pudiese ponerme en pie con la misma facilidad con que usted puede sentarse.

Pepe Chang acercó una de las bonitas sillas de madera pintada de blanco, y se sentó ante la muchacha, y, por lo tanto, de espaldas al sol. La podía ver perfectamente, en todos sus detalles, expuesta a la más intensa y reveladora luz del universo: el implacable sol, que no permite que pase por alto ningún defecto... Sólo que allí no habían defectos para poner de manifiesto.

Matilde Robles Carvajal estaba mirando a «Lupita». La señaló, sonriendo levemente.

—Qué gato tan hermoso...

—Es una gatita —sonrió Pepe Chang—. «Lupita», baja a saludar a fa señorita, vamos. Hay que ser más corteses, querida.

La gata bajó de su hombro con bello salto, se puso sobre fas

patas traseras ante las piernas de Matilde, y tendió su zarpa derecha que la muchacha tomó, riendo.

—¡Increíble! —exclamó—. ¿Cómo estás, «Lupita»?

—Miaooo...

—Ha dicho que está muy bien, y que celebra mucho conocer a tan bella señorita —tradujo Pepe Chang—. Lo mismo que yo, señorita Robles.

La muchacha le miró con curiosidad. Recorrió las facciones de Pepe Chang como si su mirada pudiese ir dando pequeños saltitos: la boca, los ojos, la frente, la barbilla... Mientras tanto, «Lupita» se había tendido plácidamente al sol, y decidió aprovechar tan buen momento para una buena sesión de aseo deslizándose su sonrosada lengua por la lustrosa piel...

—¿Quién es usted? —preguntó por fin Matilde.

—Pepe Chang Ivanovitch. ¿Ha oído hablar de mí?

—No... Claro que no.

—Pues no tan claro —frunció el ceño, Pepe Chang—, ya que soy un gran mago considerablemente famoso.

—¿Un mago? ¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que puedo hacer cosas como ésta, por ejemplo.

Movió las manos delante de la muchacha, tras subirse las mangas de la chaqueta un poco. Los dedos se agitaron lentamente, juntó de pronto las manos, dejando un hueco entre ellas, y las acercó al rostro de Matilde. Las abrió..., y una mariposa apareció revoloteando. Una hermosa mariposa con bellísimos colores, que refulgió al sol, como un pequeño y sorprendente arco iris.

—¡Oh! —exclamó Matilde—. ¡Oh...!

Alzó la mirada para seguir el vuelo de la mariposa, pero la mano derecha de Pepe Chang fue mucho más veloz que su vista: cazó a la mariposa en pleno vuelo, la colocó entre sus manos, volvió a separar éstas, y apareció una rosa, que Matilde se quedó mirando con expresión atónita. Adelantó una mano hacia ella, pero la rosa desapareció también entre las manos de Pepe Chang. Cuando las separó de nuevo, apareció un cigarrillo ya encendido.

—¡Oh!

—¿Usted fuma? —sonrió el gran mago.

—No... No, no.

—Entonces, ¿para qué queremos este cigarrillo?

Lo lanzó hacia arriba y el cigarrillo desapareció.

—¿Cómo lo hace? —exclamó Matilde—. ¿Cómo puede hacer estas cosas?

—Ya le he dicho que soy un gran mago, ¿no? —sonrió Pepe Chang.

—Pero... pe... pero... ¡Eso es imposible!

—¿Le parece imposible que yo sea un gran mago?

—No, no... ¡Me refiero a eso de la mariposa, y la rosa, y el cigarrillo...!

—¿No cree en lo que ven sus propios ojos?

—Sí, sí, pero... ¡Dígame cuál es el truco!

—¡Caramba! —sonrió de nuevo Pepe Chang—. Si los magos fuésemos por ahí enseñando nuestros trucos, todo el mundo podría ser mago. O casi todo el mundo. Y entonces, nadie me pagaría a mí doscientos cincuenta dólares y a veces más, por cada sesión. ¿No le parece, señorita Robles?

—¿Cómo sabe mi nombre?

—¡Ah...! Cuestión de magia. Y no sólo sé su nombre, sino que nació usted en Hontemala, exactamente el día veintidós de junio de mil novecientos cincuenta y tres. ¿Exacto?

La muchacha frunció el ceño, de pronto.

—¡Usted ha hablado con Servando!

—¿Con Servando Ugarte? No. Ni siquiera le conozco.

—Si no le conoce, ¿cómo sabe su apellido? ¡Yo sólo he mencionado su nombre...!

—Pero el gran mago Pepe Chang Ivanovitch lo sabe todo... ¡Todo absolutamente! Por ejemplo, sé que la vida es hermosa, y que...

—Quizá sea hermosa para usted —murmuró Matilde.

—¿Acaso no lo es para usted?

—Claro que no.

—¿Por qué no? ¡Y no me diga que es por su accidente, por lo que les ocurre a sus piernas!

—¿No le parece suficiente motivo?

—¡De ninguna manera! Naturalmente, parece que es mejor poder servimos de nuestras piernas, pero pueden haber otros puntos de vista.

—Es gracioso que eso lo diga usted, un hombre tan guapo, tan

alto, tan fuerte...

—¡Muchísimas gracias! —rió Pepe Chang—. ¿De verdad piensa eso de mí?

—Usted sabe que es alto, fuerte y guapo —refunfuñó Matilde—, así que..., ¿qué importancia puede tener que yo piense eso o lo contrario?

—Ya le digo que hay muchos puntos de vista. Por ejemplo, usted debe creer que yo me considero halagado por sus palabras, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—¿Y no se le ha ocurrido pensar que quizá me habría halagado más diciéndome que era bueno y noble?

—¿Qué? —Parpadeó Matilde—. ¿Qué...?

—Sí, sí. En mis condiciones físicas actuales, ciertamente yo puedo disfrutar de un determinado número de cosas: puedo jugar al tenis, bailar, nadar, pasear..., lo cual me quita tiempo para otras cosas que tampoco me parecen malas y que, incluso, quizá sean mejores.

—¿Mejores que pasear, nadar, jugar al tenis...?

—Infinitamente mejores. Si yo estuviese como usted, quizá me dedicaría a meditar y a crear. Ya no hablo de las... diversiones para las que está usted capacitada, como son el cine, la lectura, la conversación con unos amigos... No. Hablo de cosas más importantes. Por ejemplo, yo nunca tengo tiempo para pensar qué es la vida, adónde vamos y qué pretendemos, y de dónde venimos y por qué. Y estoy convencido de que sería interesante reflexionar sobre eso. También sería interesante escribir un libro, o estudiar música, o historia, o medicina... O escribirme con muchas personas de todo el mundo, preguntándoles qué piensan, cómo viven, cómo son, qué desean en la vida. Podría dedicarme a pintar puestas de sol, playas, flores, chicas hermosas, niños alegres... Podría, quizá, hacer algún descubrimiento que fuese útil para mis semejantes. ¡Caramba, si lo pensamos bien, se pueden hacer más cosas en sus condiciones que en las mías!

—Todo eso que usted ha dicho —musitó Matilde— se puede hacer también teniendo sanas las piernas.

—Sin duda. Pero rió se hace, porque estamos demasiado ocupados moviendo las extremidades inferiores..., cosa que puede

hacer cualquier animal sin inteligencia. En cambio, dudo mucho que «Lupita» pudiese pintar un cuadro, disfrutar de la música, o descubrir algo útil para la humanidad.

—Es muy fácil hablar así en sus condiciones físicas.

—Admito que eso también es cierto. Pero yo sólo estoy dándole buenos consejos... ¿O cree que son malos?

—No... No, eso no.

—Magnífico. ¿Qué le gustaría hacer, de entre todas las cosas que he mencionado? ¿Pintar, escribir, estudiar algo...? También puedo darle algunas direcciones de amigos míos que viven en todo el mundo. Tengo amigos en París, Hong Kong, Barcelona, Buenos Aires, Lima, Miami, San Francisco...

—¿Qué es lo que pretende usted, señor..., señor Chang...?

—Usted puede llamarme Pepe. A secas.

—¿Por qué? ¿Qué quiere, qué ha venido a hacer en esta casa?

—He venido a hacer dos cosas. Una: convencerme de que, en efecto, anoche me enamoré de usted para toda la vida...

—¿Anoche? ¡Nosotros no nos hemos visto anoche, ni nunca!

—Yo sí la vi a usted anoche —sonrió Pepe Chang—. La vi y sentí como un... Bueno, un vacío en el estómago, un impacto en el pecho. Fue algo terrible. Me he pasado la noche soñando con usted... Con sus ojos, concretamente. Y cuando he despertado esta mañana, he comprendido que tenía que venir a conocerla y a decírselo.

—Usted... usted se está burlando de mí.

—No.

—Nunca nos habíamos visto antes, estoy segura... Además, todo eso que dice es... es una tontería. Y supongo que a usted también se lo parece ahora que... que ha visto mis piernas...

—Pues a decir verdad —sonrió Pepe Chang, mirándole las preciosas piernas—, sus piernas me gustan tanto como sus ojos. No he quedado defraudado en absoluto al conocerla personalmente.

—Según eso, usted... usted me ama, así que... se casaría conmigo...

—¿Te parece bien la semana próxima? Y te doy de plazo una semana, porque supongo que querrás comprarte un vestido adecuado, invitar a algunos amigos...

En fin, todo eso. Me parece un sueño... Veo a una muchacha por

la noche, la pido en matrimonio a la mañana siguiente, y al cabo de una semana es mi esposa. Bien: ¿la semana que viene?

Matilde Robles Carvajal estaba mirando fijamente a Pepe Chang Ivanovitch. Tan fijamente que, de pronto, aterrada, se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo: el gran mago la estaba hipnotizando... Desvió rápidamente la mirada, se mordió los labios y susurró:

—Márchese... Por favor, márchese. No sé quién es usted, ni qué quiere de mí, pero... márchese. Se lo suplico.

—¿Ni siquiera te interesa cuál es el segundo motivo por el que he venido aquí?

—¿Cuál es?

—He venido a devolverte lo que te robé anoche, cuando vi tu pasaporte, y, en él, tu fotografía.

Del bolsillo interior izquierdo sacó un sobre, que tendió a la muchacha. Ésta parecía petrificada toda ella, de pronto, y miraba el sobre como alucinada. Pepe Chang sacó parcialmente algunos de los papeles que contenía, y los acercó más a sus ojos. Estaban llenos de números y letras.

—Son fórmulas de algo que no he podido interpretar. Y eso a pesar de que te aseguro que la química no es problema para mí. Desde luego, entiendo que se menciona el petróleo, pero no sabría decirte más. Tampoco me interesa, francamente. Sólo sé que anoche lo robé de tu casa, y he querido devolvértelo... No había nada más dentro de la cajita metálica, de verdad. Sólo esto...

Mientras hablaba, Pepe Chang se daba cuenta de que los hombres que los habían estado mirando desde delante de la casa se acercaban a ellos a toda prisa, pero no les hizo el menor caso. Continuó hablando a Matilde Robles.

—No soy un ladrón —sonrió, desganadamente—. Dos granujas me vinieron a ver al club donde trabajo, y quisieron tomarme el pelo. Los vi venir a cien años luz, aunque me contaron una historia de lo más divertido sobre una apuesta. Sin embargo, pensé que si no aceptaba yo, lo haría otro sujeto menos... recomendable, y alguna persona honrada saldría perjudicada. Pero no tú... ¿No me crees?

Matilde reaccionó. Y fue para volver la cabeza hacia la casa, de modo que también vio a los hombres que estaban llegando a la zona de la piscina.

—Por si acaso la apuesta era verdad, fui a devolverles la caja,

pero, tal como temía, reaccionaron canallescamamente. Sí me hubiesen querido matar, les habría dicho que en ese caso jamás tendrían el contenido de la cajita. Pero como vi que me dejaba marchar, me callé. Si todo era verdad, de todos modos habría venido a devolver lo robado. Me divertí, eso es todo. Si tú no quieres creer...

—Deme ese sobre —llegó diciendo uno de los hombres.

—Un momento —lo miró Pepe Chang—. Estoy hablando con...

Se calló, al ver aparecer la pistola en la mano del sujeto. Los otros tres también habían sacado sus pistolas, y le apuntaban... No. No era ninguna broma.

El primero en hablar se acercó más, y arrebató el sobre de la mano de Pepe Chang. Luego, señaló hacia la casa con la pistola.

—Camine. El Señor Ugarte querrá hablar con usted.

Pepe Chang asintió con la cabeza, se inclinó hacia Matilde, y le dio una palmadita en una mano, que encontró helada.

—No te preocupes. Todo se arreglará, y seguiremos conversando sobre mi proposición. Ve pensando en ella. En cuanto a ti —miró a la gata—, quédate con Matilde.

Se puso en pie, y echó a andar hacia la casa, seguido por los hombres armados de pistolas.

CAPÍTULO IV

Servando Ugarte era idéntico a la fotografía del pasaporte que Pepe Chang había visto la noche anterior. Lo había recibido muy cordialmente, con una simpática sonrisa, pero inmediatamente, su mirada se había desviado hacia el sobre que le tendía su empleado, y había lanzado una exclamación. Después de tomar el sobre y mirar su contenido, se había quedado mirando, estupefacto, a Pepe Chang.

—Entonces, es cierto —había dicho, incrédulamente—. ¡Usted y su gato fueron quienes estuvieron anoche aquí!

—Sus hombres han demostrado saber pensar —había sonreído Pepe Chang—. En efecto, fuimos «Lupita» y yo, señor Ugarte. Si me lo permite, le explicaré lo sucedido.

Se le permitió; y al terminar la explicación, Servando Ugarte, todavía asombrado, movió la cabeza con gesto incrédulo.

—¿Así de sencillo? —exclamó.

—Sí señor: así de sencillo.

—No puedo creerlo.

—Pues le aseguro que soy solamente un mago, no un escritor de cuentos... chinos.

—¿Podría demostrármelo? ¿Podría volver a abrir mi caja fuerte..., si es que realmente sabe dónde está?

Pepe Chang se puso en pie, fue hacia el cuadro en cuestión, lo abrió, dejando al descubierto la caja..., y dieciséis segundos después la había abierto. Cuando se volvió hacia Servando Ugarte y sus hombres, éstos estaban patitiosos de asombro.

Por fin, Ugarte asintió con la cabeza, fue a dejarse caer en el sillón de su mesa, y señaló el sillón que Pepe Chang había ocupado al llegar.

—Siéntese, por favor, señor Chang... Bueno: ¿cuál es su verdadero nombre?

—Pepe Chang Ivanovitch.

—Es un nombre verdaderamente estrafalario, para ser cierto, pero no vamos a discutir por eso. ¿Sigo llamándole Chang, entonces?

—Es un nombre muy de mago —sonrió Pepe, sentándose.

—De acuerdo, señor Chang. Ahora, hablemos de esos dos hombres. Dice usted que se llamaban...

—Pedro y Miguel.

—Bueno..., esos nombres son muy corrientes en los países sudamericanos. Deben haber millones de Pedro y Miguel. ¿No mencionaron ningún apellido?

—No.

—¿Cómo eran?

—Eran igual que sus nombres.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que eran como deben ser millones y millones de sudamericanos.

—Entiendo. Pero hay algo muy interesante en su explicación. Me refiero al llamado Miguel. Si no he entendido mal, este Miguel le dibujó a usted el plano de esta casa.

—De la casa, el jardín, las verjas... Todo. Por supuesto, sea quien sea, conoce muy bien esta casa.

—Sí —murmuró Ugarte—. Sí, evidentemente. ¿No le dijeron a usted nada sobre nosotros? Quiénes somos, qué hacemos aquí, cuántos somos...

—No. Sólo me dijeron que por la noche había vigilancia. No mencionaron nombres, ni motivos de la estancia aquí... Es decir, hablaron algo de representantes diplomáticos. Mire, señor Ugarte, yo le he dicho ya todo lo que sé, y preferiría terminar este asunto, que no me interesa demasiado, aunque parece cosa de espionaje. En resumidas cuentas yo sólo he obtenido un buen chichón, a cambio de mi intervención. Quería divertirme con quienes creían que podrían tomarme el pelo, ya lo he hecho, he devuelto lo robado... ¿No podríamos terminar esto? Si no le importa, yo preferiría volver con la señorita Robles.

—Me parece bien. Pero todavía tendría que hacerme usted un

pequeño favor, señor Chang.

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Y es...?

Servando Ugarte sonrió. Se acercó a uno de sus hombres, le murmuró algo al oído, y el hombre asintió. Hizo una seña a los demás, y todos salieron del despacho, dejando solos a Pepe *Chang* y a Ugarte, que tomó de sobre la mesa una caja de habanos y la abrió ante el mago.

—¿Un cigarro?

—No, gracias. Estoy intentando dejar de fumar. Si no le importa, chuparé mi boquilla consoladora.

—Claro que no —rió Ugarte.

Pepe Chang sacó el silbato, y se lo puso entre los dientes.

—Esto me distrae, ¿sabe? El caso es tener algo entre los dientes. Algo que no sea tabaco, se entiende. Bien: ¿cuál es ese pequeño favor?

—Simplemente, estar aquí conversando conmigo unos minutos. ¿Quiere tomar algo? ¿Un aperitivo?

—No, gracias.

—Podríamos hablar de lo que han estado diciéndose usted y Matilde tanto rato... ¿De qué hablaban?

—Le decía que la vida es hermosa, se mire como se mire... Aunque hay modos de vida más hermosos que otros, claro.

—Con seguridad —sonrió Servando Ugarte—, un mago tiene muy curiosos puntos de vista sobre la vida... ¿Cuál es el suyo?

—Mi punto de vista, señor Ugarte, está basado en sólo dos palabras. Si estas dos palabras no hubiesen perdido su significado y su función, con ellas solas bastaría para que el mundo fuese realmente maravilloso.

—Eso es casi emocionante... ¿Qué palabras son ésas?

—Amor y justicia. Amor de amar, justicia de ser justo.

—Pasmoso... Veamos: ¿cómo sería usted justo, por ejemplo, con un asesino que hubiese matado salvajemente a toda una familia?

—Si el asesino no hubiese olvidado la palabra amor, ya no habría sido necesario juzgarle.

—Me parece que no entiendo.

—Si el asesino amase, no mataría a nadie. Por lo tanto, no habría necesidad de castigarle. Ni siquiera de juzgarle. Pero aunque no amase, le bastaría ser justo para comprender que él no tenía

derecho a privar de la vida a nadie. Amor y justicia, señor Ugarte. Sólo eso.

—Sí, pero... Me parece que nuestra conversación va a ser más breve de lo que pensaba, señor Chang —se puso en pie y se acercó a la ventana; desde allí se volvió hacia Pepe Chang—. En efecto. Va a poder hacerme ese favor dentro de unos segundos. No se mueva de donde está, si es tan amable.

Pepe Chang hizo un gesto de aquiescencia, y permaneció sentado en el sillón, mordisqueando el silbato. A los pocos segundos, cuando ya hacía un tiempo que había dejado de oír el motor de un coche, oyó abrirse la puerta, y las pisadas de varios hombres, entrando. Un par de esos hombres se acercaban al sillón, por la derecha; los oía perfectamente.

—¿Conoce a este hombre, señor Chang?

Volvió la cabeza..., y se puso en pie de un salto.

—¡Miguel! —exclamó, cayéndole el silbato al suelo.

Efectivamente. Junto a Servando Ugarte estaba Miguel, que respingó y palideció intensamente al ver a Pepe Chang. Luego, lanzó una exclamación ahogada, empujó a Servando Ugarte violentamente contra la mesa, y se volvió hacia la puerta, llevando la mano derecha hacia el sobaco izquierdo en busca de su pistola...

Plop, chascó un amortiguado disparo en la puerta del despacho.

Miguel lanzó un alarido, giró sobre sí mismo soltando la pistola, y fue a caer de rodillas ante los pies de Ugarte, que se estaba incorporando al ver a Miguel ante él, masculló una maldición, y le aplicó un punterazo en el estómago, derribándolo de espaldas, como rebotando sobre sus piernas dobladas.

Pero, pese al puntapié en el estómago y al balazo que le había alcanzado en el hombro derecho, Miguel se puso rápidamente en pie, y corrió hacia la ventana... Uno de los hombres de Ugarte le salió al paso, y lo detuvo en seco de un impresionante trallazo en la barbilla, que lo tiró de espaldas. Y ya no se movió.

Servando Ugarte se acercó a él, echando chispas por sus desorbitados ojos.

—¡Maldito cerdo! —aulló, comenzando a golpearlo con ambos pies—. ¡Maldito puerco, asqueroso, traidor!

—Lo va a matar, señor Ugarte —dijo uno de sus hombres.

Servando se detuvo en seco. Aspiró profundamente, y fue a

sentarse tras su mesa. Pepe Chang se inclinó, recogió su silbato, y se lo puso de nuevo en la boca, impávido.

Además de Miguel, habían llegado cinco hombres más. A tres de ellos ya los conocía, pues eran de la *plantilla* de Ugarte. Nico, Lorenzo y Ramón. El otro, Ginés, debía haberse quedado afuera, o quizá, simplemente, había llevado el coche al garaje...

A los otros dos no los conocía. Eran altos, de buena facha, rostros impenetrables, mirada sosegada... No se habían alterado en absoluto por la violenta escena, ni por la descontrolada furia de Servando Ugarte, al que ahora miraban con cierta frialdad en sus pupilas, en silencio.

—Despertad a ese cerdo —dijo por fin Ugarte.

Uno de los desconocidos se acercó a Miguel, se arrodilló a su lado, y lo miró, fríamente, pero de un modo experto, certero.

—Si usted espera que este hombre hable —dijo en español—, será mejor que tenga mucho cuidado en el modo de tratarlo.

—¿Mucho cuidado? —gritó Ugarte—. ¡Lo voy a hacer pedazos!

—Bueno —encogió los hombros en el otro, incorporándose—. Sólo falta saber si lo va a hacer pedazos después de que hable, o eso no le importa a usted, señor Ugarte.

—Está bien... Seguramente tiene razón usted, Karpof. Pero desde luego, esto no va a quedar así. ¡Nico, ve a traer aquí a esa mosquita muerta!

—Muy bien —asintió Nico, saliendo del despacho.

—Bien —dijo Pepe Chang—, entiendo que ustedes tienen asuntos que resolver, así que no quiero molestarles más. Señor Ugarte, he tenido mucho gusto en conoc...

—¡Siéntese y cierre la boca! —vociferó Ugarte.

—¿Y éste quién es? —preguntó el llamado Karpof.

—El hombre que anoche robó la fórmula del *Disox*. Pero ha venido a devolvérmela.

Karpof y el otro miraron a Pepe Chang especulativamente. Luego se quedaron mirando a Ugarte.

—Usted ha enviado a uno de sus hombres, ese Miguel que ha resultado ser un traidor, a buscarnos, para decirnos que anoche habían robado la fórmula del *Disox*, y que esperaban la ayuda de nuestra... organización para recuperarla, pues ustedes no sabían qué hacer. Ahora, después de movilizarnos, resulta que ya tiene

usted de nuevo esa fórmula.

—¿No es mejor así? —Gruñó Ugarte.

—Sí. Pero le diré cómo veo yo las cosas, señor Ugarte. Si no he entendido mal, Miguel lleva tiempo aquí con usted, y parece demostrado que es un traidor. Cabe pensar que él tuvo algo que ver con el robo de la fórmula, ¿no?

—Sí. El y otro hombre llamado Pedro, al que no conozco, fueron al Jaguar Club para buscar a Pepe Chang Ivanovitch, y proponerle que...

Karpof y el otro escucharon, muy atentamente, la explicación de Ugarte. Y cuando éste terminó, Karpof asintió con la cabeza.

—Más a mi favor en lo que iba a decir. Es evidente que Miguel y su cómplice Pedro se proponían conseguir esa fórmula para ellos, ¿no le parece?

—Sí... Claro. ¡Y estoy seguro de que Matilde no es ajena a toda esta maquinación! Sé muy bien que me odia... ¡Y si no fuese por lo que espero conseguir de ella...!

—Esa parte de sus planes vamos a dejarla para más adelante —cortó el compañero de Karpof—. Y creo que puedo seguir con lo que estaba diciendo Karpof: el hecho de que Miguel, su cómplice Pedro, la señorita Robles y este extraño sujeto se propusieran...

—¿Quién es extraño? —Alzó las cejas Pepe Chang—. ¿Yo?

—¡Cállese! —le dijo Karpof.

Y lo dijo de tal modo, que Pepe Chang decidió permanecer en silencio. De tal modo, que lo diferenció muchísimo de Nico, Ramón y los demás empleados de Ugarte. Estos dos hombres eran muy muy diferentes.

—Decía —prosiguió el otro— que el hecho de que estas personas se propusieran robar la fórmula *Disox* indica que ya está terminada, señor Ugarte. ¿Es así?

—¡Claro que no está terminada!

—Mire... Tanto la señorita Robles, como Miguel, que deben haberlo planeado todo, según usted, ocupan una posición privilegiada, ya que hace tiempo que están en esta casa. Por lo tanto, deben saber cómo van los trabajos con esa fórmula. Si se han decidido por fin a robarla, es porque ya estaba terminada.

—Le aseguro que no está terminada. Vamos, vamos, Basiliev, no diga tonterías... Porque es una tontería desconfiar de mí, se lo

aseguro. Yo dispondré pronto de la fórmula que a ustedes les interesa, y ustedes tienen lo que me interesa a mí. ¿Qué ganaría mintiéndoles, retrasando el momento del trato final?

—No lo sé —admitió Basiliev—. Pero si Miguel y la señorita Robles arreglaron el robo de la fórmula...

—Seguramente pensaron que otras personas podrían terminarla, y decidieron robármela, ahora que casi está completa, y antes de que los llamásemos a ustedes.

—Eso es razonable —dijo Karpof—. De acuerdo, lo aceptamos así. Y vamos a terminar con este asunto, señor Ugarte. Si Miguel creía que esa fórmula podía ser terminada por otras personas, es porque la cosa no debe ser muy difícil. Por lo tanto, nos la vamos a llevar ya, esté como esté, y la terminarán en Rusia, ¿de acuerdo?

—Pues... Bueno, ¿por qué no? Yo no tengo ningún inconveniente... Al contrario, cuanto antes cerremos el trato, mejor. Ahora bien, si algo les falla a ustedes luego no me vengan con reclamaciones.

—Si la fórmula está no sólo en marcha, sino casi terminada —sonrió despectivamente Karpof—, nosotros creemos que quizá haya alguien en Rusia capaz de comprenderla.

—Mejor para ustedes. ¿Han...?

Dejó de hablar, y se quedó mirando hacia la puerta. Todos miraron hacia allí, y vieron a Matilde Robles llegando, en su sillón de ruedas, que empujaba Nico. La muchacha estaba pálida, y aún palideció más al ver a Miguel tendido en el suelo manchado de sangre...

Se quedó mirando luego a Servando Ugarte, en silencio.

Y Ugarte sorprendió enormemente a Pepe Chang, al verlo sonreír cariñosamente a la muchacha.

—Ha pasado algo terrible, querida —dijo—. Miguel nos ha traicionado.

—¿Qué ha hecho? —preguntó con voz aguda, Matilde.

—Se puso en contacto con un tal Pedro, contrataron a Pepe Chang Ivanovitch para que nos robase la fórmula que están preparando en el laboratorio, Santiago, Onofre y Luis. Por cierto: ve a buscarlos, Nico, y diles que vengan. Que no se sigan molestando en la reconstrucción de la fórmula.

Nico volvió a salir.

Matilde estaba mirando ahora a Pepe Chang.

—¿Usted ha dicho todo eso?

—No —negó Pepe Chang—. Yo, simplemente, me puse en pie de un salto, sorprendido, al ver a Miguel en este despacho; Pero lo mío no tiene importancia... Es usted quien debe preocuparse, pues el señor Ugarte piensa que estaba en complicidad con Miguel.

—¿Yo? —La muchacha miró sorprendidísima a Ugarte—. ¿Cómo puede usted pensar eso de mí, Servando?

—¿No has intervenido en nada?

Matilde Robles estaba asombradísima.

—¿Quiere decir en algo que pudiese perjudicarlo a usted?

—Claro —gruñó él.

Matilde le miró con expresión tan sinceramente dolida que hacía falta ser de piedra para no sentirse impresionado. Luego, la muchacha dejó caer la cabeza sobre el pecho, y ya no reaccionó en modo alguno. Basiliev y Karpof miraban con clara ironía ahora a Ugarte, que se removió inquieto en el sillón, sin saber qué decir.

Por suerte para él, en aquel momento regresaba Nico, acompañado por tres hombres presurosos, que se precipitaron dentro del despacho como si de llegar ante Ugarte dependiera su vida. Dos de ellos eran de raza blanca, y el otro de raza negra. Era, también, el más joven del trío, el más impetuoso, al parecer.

—¿Por qué no nos has avisado antes? —gritó.

—¿De qué? —se sorprendió Ugarte.

—¡De que habías recuperado la fórmula! ¡Nosotros trabajando como tontos, y...!

—Sería conveniente que todos ustedes aprendiesen a tomarse las cosas con más calma —dijo Karpof—. Sobre todo, las cosas que ya no pueden ser de otro modo. Y por otra parte, ya no deben molestarse en trabajar más: si Miguel creyó que ya se podía trabajar con esa fórmula, para nosotros también está bien. Nos la vamos a llevar ahora.

—¿Han traído el dinero? —preguntó vivamente Ugarte.

—Claro que no. ¿Cómo habíamos de traerlo si su *amigo* Miguel llegó a recogerlos con el coche diciendo que les habían robado esta noche? De todos modos, nos la llevaremos si le parece bien a usted, claro.

—¿Y el dinero?

—El dinero lo tendrán, seguramente, mañana por la noche. Lo demás, ya no depende directamente de nosotros, pero tengan la seguridad de que muy pronto alguien vendrá a visitarles para decirles que todo está a punto, y podrán iniciar su... operación.

—No sé... Bueno, es que...

—¿Usted teme que nosotros no vayamos a cumplir nuestra parte? —sonrió Karpof.

—No es eso. Es que...

—Señor Ugarte, fue usted quien nos buscó a nosotros —alzó las cejas Basiliev—, no nosotros a usted. Sabe que, bajo todos los puntos de vista, nos interesa su operación y la fórmula. ¿Qué demonios teme usted?

—Creo que tienen razón —sonrió Ugarte—. Llevo ya demasiado tiempo desconfiando de todo el mundo...

—Incluso de nosotros —masculló el negro—: ¡cada noche esconde la fórmula en la caja fuerte, cuya combinación sólo él conoce en la casa! Y nos vigila todo el día, para que no hagamos copias de los apuntes...

—Y esa fórmula llamada *Disox* —preguntó con toda naturalidad Pepe Chang—, ¿para qué sirve?

—Usted que es mago, adivínelo, señor Chang —rió Ugarte.

—¿Para qué? Al fin y al cabo, yo no tengo pozos de petróleo.

Tras sus palabras, el despacho quedó sumido en denso silencio, mientras todas las miradas convergían en Pepe Chang Ivanovitch, que volvió la cabeza a un lado y a otro y sonrió.

—¿He dicho algo malo? —se interesó.

Uno de los tres tipos de la bata blanca se colocó ante él, desencajado el rostro.

—¿Qué sabe usted de nuestra fórmula? —gritó.

—Que menciona el petróleo. ¡Oiga!, ¿por qué se excita tanto? He estudiado química, pero seguramente no tan a fondo como ustedes, así que no debe preocuparse... En cambio, entiendo bastante de medicina, y puedo asegurarle que si continúa gritando así, se le van a estropear las cuerdas vocales.

El hombre, que era uno de los de raza blanca, estaba ahora rojo de ira.

—¡Le voy a... le voy a...!

—Ya basta —dijo secamente Karpof—. Nosotros nos ocuparemos

de este hombre. ¿Podemos disponer de su coche, Ugarte?

—¿Por qué privar al señor Ugarte de su coche? —sugirió Pepe Chang—. Podemos utilizar el mío, que está ahí mismo, en la avenida. No es muy veloz, así que resulta adecuado para ir de paseo.

—Es una buena idea —dijo Basiliev—. Vamos allá. Cuento con el dinero para dentro de veinticuatro horas aproximadamente, Ugarte.

—Está bien.

Pepe Chang, Basiliev y Karpof se dirigieron hacia la puerta. Allí, el primero se detuvo, y se volvió a mirar amablemente a Matilde.

—Hasta pronto, señorita Robles —se despidió.

Matilde bajó la cabeza, sin contestar. Ella no veía la situación de modo tan optimista como Pepe Chang, indudablemente.

Cuando los tres hubieron salido, Servando Ugarte miró a la muchacha y murmuró:

—Cuando Miguel se recupere, lo vamos a interrogar... Y espero por tu bien que no nos hayas estado engañando, Matilde.

CAPÍTULO V

—Yo conduciré —dijo Karpof, tras examinar el vehículo—. Será mejor que tú pases atrás con este tipo, Basiliev, Nadie os verá ahí dentro, y podrás vigilarlo bien.

—De acuerdo.

Karpof pasó al volante tras pedirle las llaves a Pepe Chang y abrir las dos puertas de atrás. El vehículo había estado al sol bastante rato, así que su interior se había convertido en un horno... Bajó la ventanilla, y se volvió para mirar hacia el interior de la furgoneta por la pequeña ventanilla que había en el centro del asiento delantero, a su derecha.

—¿Todo va bien ahí dentro?

—Sí. Este tipo tiene de todo aquí. Cuando terminemos podremos tomarnos un trago. Busca un lugar adecuado fuera de la ciudad.

El rostro de Karpof desapareció de la pequeña ventanilla.

En la caja de la furgoneta, Basiliev, pistola en mano, mantenía a raya a Pepe Chang, que se había sentado en una pequeña butaca, apaciblemente. A un lado estaba la butaca, una mesita atornillada a la caja de la furgoneta, un pequeño frigorífico a gas, y un estante con libros. Enfrente, todo un gran armario, que contenía los disfraces y trucos de magia del gran mago Pepe Chang Ivanovitch, y en el cual se apoyaba de espaldas Basiliev, separado de Pepe Chang por el reducido pasillo que permitía moverse con cierta soltura allí dentro.

—Un lugar adecuado..., ¿para qué? —preguntó el mago.

—Pues para...

—¡Basilievvv...! Resonó allí dentro, el alarido de Karpof.

Un alarido tal, que Basiliev respingó, y volvió la cabeza hacia la pequeña ventanilla...

Mal hecho.

Lo primero que hizo Pepe Chang fue adelantar su mano izquierda, con la cual sujetó la derecha del ruso, y la apartó. Simultáneamente, salía disparado de cabeza contra el estómago de Basiliev, consiguiendo un impacto perfecto. El ruso lanzó un resoplido al recibir el cabezazo que pareció clavarlo contra el armario, e intentó soltar su mano derecha de la presa que ejercía en ella Pepe Chang con su izquierda.

Fue lo mismo que querer soltarse de una argolla de acero. O sea, una pérdida de tiempo.

Mientras tanto, Pepe Chang no perdió el tiempo. Se irguió, y su cabeza chocó ahora contra la barbilla de Basiliev, haciendo crujir sus mandíbulas. Al mismo tiempo, lanzaba un derechazo, de nuevo, al estómago del ruso, que volvió a resoplar y se encogió, doblándose hacia Pepe Chang, que con su frente golpeó en la del ruso, tirándolo de nuevo contra el armario..., para seguir golpeándole, en corto, en el estómago, y acto seguido, ahora con el puño, en la barbilla de nuevo, en un gancho que alzó unos centímetros a Basiliev...

Este puso los ojos en blanco, y luego se arrugó a los pies de Pepe Chang.

Por supuesto, la furgoneta había vibrado durante la corta pelea. Se había movido, se había zarandeado..., pero Karpof no daba señales de querer intervenir. Así que Pepe Chang recogió la pistola de Basiliev, se la colocó entre el pantalón y la camisa en la cintura, abrió las puertas de atrás, y saltó al suelo. Rodeó la furgoneta hacia la derecha, abrió la portezuela de aquel lado, y se sentó junto a Karpof.

Karpof estaba petrificado. Auténticamente convertido en piedra, al parecer. La mano izquierda descansaba sobre el volante, y la derecha, con las llaves del vehículo, estaba cerca del contacto, listo para introducirla allí. Ni siquiera se había movido al oír la portezuela abrirse y cerrarse... Quizá porque el miedo se lo impedía.

Más que miedo, terror.

Allí, en la ventanilla, en facilísimo equilibrio, estaba «Lupita», arqueado el lomo, erizado todo su bello pelaje, abiertas las fauces de modo que se veían sus colmillos, sorprendentemente grandes,

blanquísimos.

Pepe Chang, con el silbato todavía entre los dientes, se desplazó un poco en el asiento, e introdujo su mano derecha hacia el sobaco izquierdo de Karpof. Éste inició un movimiento de cabeza...

—¡Ppffuuufff! —bufó, amenazadoramente, «Lupita».

—Será mejor que no se mueva, señor Karpof —dijo Pepe Chang—, o, en efecto, «Lupita» le destruirá la cara y le arrancará los ojos, sin darle tiempo a nada. Es una gatita muy mala... cuando yo se lo ordeno a toque de silbato.

Le quitó la pistola, y se deslizó hacia el extremo del asiento.

—Venga conmigo —ordenó—. Con movimientos suaves.

Karpof volvió la cabeza hacia él. Estaba pálido como un muerto. Abrió y cerró la boca varias veces, pero no consiguió emitir sonido alguno.

—No se preocupe —sonrió amablemente Pepe Chang.

«Lupita» sabe ya que yo controlo la situación ahora. Vamos, salga de la furgoneta.

Karpof obedeció. Fueron hacia atrás, lo hizo subir, y entró tras él. Karpof estaba mirando a Basiliev, arrugado en el suelo, todavía con los ojos en blanco...

—¡Ppffuuupppfff...! —Oyó Karpof.

Respingó, mirando hacia la pequeña ventanilla que comunicaba con el asiento delantero, y vio, en el hueco, la cabeza de la gata. En la penumbra de la furgoneta, sus ojos parecían dos manchas de luz verdosa.

—Tiéndase en el suelo boca abajo —dijo Pepe Chang.

Karpof no se hizo repetir la orden. Oyó abrirse el armario, y en seguida unos sonidos metálicos. Pepe Chang se acucilló ante él, y dejó colgar varios pares de esposas, que el ruso miró alzando un poco la cabeza.

—Son las que suelo utilizar en mis demostraciones de habilidad escapatoria —dijo el mago—. Muchos espectadores protestan, y dicen que están trucadas, y que por eso puedo quitármelas en pocos segundos. Entonces, yo invito a varios de ellos a que hagan lo mismo que yo... Algunos aceptan, muy sabios ellos. Luego, tienen que suplicarme que les quite las esposas. ¿Y sabe por qué, señor Karpof? Pues muy sencillo: porque no contienen truco alguno, son de verdad. Y si usted también lo duda, pruebe a quitárselas.

Utilizó dos pares de esposas para Karpof, y dos para Basiliev. Con cada par, unió un brazo de uno y una pierna del otro, formando un cruce tal que los dos rusos quedaron incapacitados absolutamente para cualquier movimiento útil.

—Y además —dijo—. «Lupita» va a viajar con ustedes aquí dentro. Usted verá si le conviene irritarla, señor Karpof. Pasa, gatita.

Dijo esto último señalando la pequeña butaca. «Lupita» saltó por la ventanilla al interior de la furgoneta, se sentó de cuartos traseros en la butaca, y se quedó mirando a Karpof.

Pepe Chang salió de la furgoneta, pasó ante el volante, y segundos después se alejaba de allí.

* * *

Cuando la furgoneta se detuvo, Basiliev había recobrado ya el conocimiento. Pero, al igual que Karpof, se abstuvo de moverse más de lo imprescindible para variar ligeramente de postura cuando el dolor se hacía insoportable en su forzada posición.

Las puertas de atrás se abrieron, y Pepe Chang entró. Los soltó de modo que pudieran caminar, y señaló hacia afuera. Los dos rusos saltaron, y miraron alrededor, guiñando los ojos, deslumbrados por el sol.

Estaban en un bosque, eso era todo.

—Supongo —dijo Pepe Chang— que ustedes habrían escogido un sitio así de discreto para matarme y ocultar mi cadáver, ¿verdad?

Ninguno contestó.

«Lupita» apareció, caminando delicadamente, fue hacia uno de los pinos, y comenzó a afilarse las uñas, con gran placer, estirando los quinientos músculos..., y arrancando grandes trozos de corteza con gran facilidad.

Pepe Chang se dio cuenta de la desorbitada expresión de los rusos y sonrió.

—Hace días que tengo que recortarle las uñas, pero se me va pasando. Y hay que hacerlo, porque si no, resulta que las tiene demasiado largas y agudas. Con un inconveniente: se le van despuntando, y eso hace que resulten más dolorosas si, involuntariamente, araña a alguien. Pero luego les seguiré hablando

de «Lupita». Ahora vamos a... definir las posiciones.

Para Pepe Chang Ivanovitch, definir las posiciones fue colocar a los rusos en posturas poco agradables. Los hizo sentar delante de sendos pinos, de cara al tronco, y pasando las piernas y los brazos rodeándolo. Luego, les colocó un par de esposas en las muñecas y otro par en los tobillos.

Finalmente, se sentó sobre la pinocha, de cara a Karpof y a Basiliev. «Lupita» fue a tumbarse junto a él, y comenzó a lamer su hermosa piel.

—Bien —dijo Pepe Chang—, ¿cuál de ustedes va a hablar?

—Hablar, ¿de qué? —dijo con voz ronca, Basiliev.

—Pues de todo este asunto..., en el que deduzco que Matilde Robles no está llevando la mejor parte, precisamente. ¿Qué es lo que está ocurriendo?

—Usted es un cretino si cree que nosotros vamos a informarle —dijo secamente Karpof.

—¿Por qué no? ¿Porque son ustedes unos valientes, astutos y bien entrenados espías rusos? Quizá hasta les hayan entrenado para resistir la tortura, el suero de la verdad, y otras tonterías de esas. Pero yo me pregunto si los han entrenado para vérselas con una gata furiosa y estando como están encadenados a un árbol. ¿Les han entrenado para eso?

Los dos rusos habían palidecido.

—Usted no puede... hacer eso —jadeó Basiliev.

—¿No? —Los negrísimos ojos de Pepe Chang lanzaron un destello que sobrecogió a Karpof y a Basiliev—. Bueno, si no he entendido mal, el inicio de todo esto, ustedes se disponían a asesinarme a mí. ¿Les parece que pueden esperar un trato amable por mi parte? ¿De veras?

—No vamos a decirle nada.

—Muy bien. —Pepe Chang se puso en pie, y sacó *el* silbato del bolsillo—. Voy a darme un paseo por *el* bosque: no quisiera presenciar lo que va a ocurrir aquí.

Seguido por las desorbitadas miradas de los rusos, Pepe Chang se alejó, en efecto, caminando tranquilamente. Desapareció.

Karpof y Basiliev miraron a «Lupita», que seguía tendida de lado sobre la pinocha, aseándose graciosamente, con los párpados casi cerrados, de modo que sólo veían un destello verde entre ellos. Era

la expresión de la belleza, de la placidez, de la gracia...

De pronto, alzó vivamente la cabeza, y sus ojos se abrieron completamente. Basiliev y Karpof no habían oído nada, pero era evidente que la gatita sí, porque orientó las orejas hacia el lugar por el cual había desaparecido Pepe Chang. Las vieron moverse. Luego, la gatita se puso en pie, bufando, arqueando el lomo, erizado todo su pelaje, incluso el de la cola...

—¡Ppppfffpff...!

Karpof tragó saliva y aulló:

—¡Vuelva! ¡Vuelva aquí! ¡Se lo diremos...! ¡Se lo diremos!

La gatita volvió a mover las orejas. Estuvo unos segundos muy atenta, escuchando aquel sonido de silbato que el oído humano no puede percibir. Luego, volvió a tenderse sobre la pinocha, y reanudó tranquilamente su tocado..., mientras Pepe Chang reaparecía, se sentaba en el mismo sitio de antes y miraba a Karpof.

—¿Y bien?

El ruso tragó saliva.

—Sólo sabemos... sabemos que Servando Ugarte está preparando un golpe de Estado en su país, en Hontemala. Pero él no dispone de armas, así que consiguió ponerse en contacto con nosotros para pedírnoslas. Quiere armas y dinero a cambio de la fórmula del *Disox*.

—¿Qué es el *Disox*?

—Eso no lo sabemos nosotros. Nos dijo que sería de muchísimo interés en Moscú, pues con esa fórmula podrían controlar el mercado mundial del petróleo... Pero no sabemos de qué modo, ni en qué consiste.

—¿Y van a comprar algo que no saben lo que es exactamente?

—Ugarte dijo que en cuanto esa fórmula fuese examinada y analizada en Moscú, nuestros científicos sabrían de qué se trataba, y que nos felicitarían por haberla conseguido.

—Ya. ¿Quién la ha elaborado? ¿Aquellos tres hombres, uno de ellos negro, que llevaban bata?

—Sí... Sí.

—¿Cómo se llaman?

—Luis Lorente, Santiago Pérez, y, el negro, Onofre Martínez.

—¿Son hontemaltecos?

—No sabemos eso. Son sudamericanos, desde luego. Pero no

sabemos si son de Hontemala.

Pepe Chang asintió con la cabeza.

—Bien... Tenemos al señor Ugarte, que quiere armas y dinero para dar un golpe de Estado en Hontemala, y ustedes, que están dispuestos a proporcionarle ambas cosas a cambio del *Disox*. ¿Y si él les está engañando?

—Ugarte sabe que si nos engaña no vivirá mucho tiempo.

—Entiendo. Por otra parte, a ustedes no sólo les interesa al *Disox*, sino también ese golpe de Estado, que pondría a Hontemala en manos de un gobernante, Servando Ugarte, que posiblemente fuese... afecto a las directrices políticas comunistas. ¿Es así?

—Sí... Sí, en efecto.

—¿Y qué papel juega en esto Matilde Robles?

—Ella es hija de Nemesio Robles, un famoso y querido político hontemalteco que se retiró hace poco más de un año. Se vinieron a vivir a Estados Unidos una temporada, porque Nemesio Robles no quería estar en su país, para demostrar su disconformidad con el gobierno actual... Servando Ugarte vino a Estados Unidos poco después, y lo buscó. Le propuso encabezar el golpe de Estado, que se facilitaría mucho y ganaría prestigio si lo dirigía Nemesio Robles. Pero éste se negó, diciendo que no era vertiendo sangre como se solucionaban los problemas de un país. Ugarte estuvo insistiendo, hasta que se produjo el accidente.

—¿Qué accidente? —entornó los ojos, Pepe Chang.

—De coche. En el coche iban Nemesio Robles y su hija. El coche se salió de la carretera, y cayó por un terraplén... Nemesio Robles murió en el acto. Su hija estaba viva, así que fue hospitalizada. Estuvo en un hospital más de dos meses..., o tres, no recuerdo bien. Tengo entendido que se le hizo todo lo que la ciencia podía disponer para curarla completamente, pero no fue posible. Por fin, Servando Ugarte la sacó de allí, y la llevó a la villa, donde está haciendo por ella todo lo que puede.

—Todo lo que puede... —susurró Pepe Chang—. Pero ¿desinteresadamente? ¿Por afecto a ella, por afecto al recuerdo de Nemesio Robles?

—En parte..., Pero, la verdad es que piensa utilizar a Matilde Robles para el golpe de Estado, en cuanto le hayamos facilitado las armas.

—¿En qué modo piensa utilizarla?

—Ella dará... una determinada imagen al golpe de Estado... Es la hija de Nemesio Robles, que ha quedado paralítica en el mismo accidente que le costó la vida a su famoso padre. Si en Hontemala saben que ella está de parte de Ugarte, las cosas se le facilitarán mucho a éste.

—Claro... ¿Y ella está de acuerdo con eso?

—No lo sé. Suponemos que sí, ya que hacía Ugarte sólo tiene motivos de afecto y gratitud.

—Yo diría que Ugarte no piensa así. Para él, Matilde es sólo un... símbolo que piensa explotar en su beneficio. Eso comprendí por sus palabras en el despacho al menos.

—No sé eso.

—Por otra parte, quizá sea cierto que Matilde y Miguel eran cómplices, que están intentando engañar a Ugarte. ¿Qué opina?

—Podría ser. Lo sabrán con seguridad cuando ese Miguel esté en condiciones de ser interrogado... Y lo interrogarán de tal modo que tendrá que decir la verdad.

—Me temo que así será —murmuró Pepe Chang—. Nadie es capaz de resistirlo todo, señor Karpof, ¿verdad?

Karpof miró a «Lupita», se pasó la lengua por los labios, y asintió con gesto sombrío.

—Verdad —susurró.

—Hablamos de ese accidente. ¿Fue realmente un accidente?

—Según Servando Ugarte, no. El afirma que fue obra de los partidarios del actual presidente de Hontemala, que se enteraron de los proyectos de Ugarte, consideraron que Nemesio Robles estaba de parte de él, y quisieron eliminarlo.

—¿Y por qué no a Ugarte, en lugar de a Robles?

—Les debió resultar más fácil atacar primero a Robles, provocando una avería retardada en su coche. Luego, ya no era fácil atacar a Ugarte, pues éste alquiló la villa, y la protegió bien. No es fácil llegar a la casa.

—A menos que se disponga de una gatita —sonrió Pepe Chang—. ¿Qué dice Matilde Robles a todo esto? ¿Han hablado ustedes con ella?

—No. Ignoramos por completo las intenciones de esa pobre muchacha.

—Bien. Última pregunta: ¿estaban ustedes realmente dispuestos a matarme?

—No, no... Claro que no...

—Déjate de estupideces —masculló Basiliev—, él sabe que sí. Se hizo el silencio.

Por fin, Pepe Chang movió la cabeza, y se puso en pie. Fue a la furgoneta, para regresar un par de minutos después, con un rollo de esparadrapo, con el cual amordazó muy eficientemente a los dos rusos.

—Vámonos, «Lupita» —dijo.

La gata se puso en pie, y se fue en pos de su amo, que caminaba hacia la furgoneta.

Un minuto después, los dos rusos estaban solos en el bosque.

CAPÍTULO VI

El dueño del bar se volvió, sonriente, tendiendo el teléfono hacia el simpático cliente.

—Para usted, señor Chang.

Pepe Chang se desplazó al extremo del mostrador donde estaba el teléfono, dio las gracias al propietario del local, y atendió la llamada.

—¿Si?

—...

—En efecto, Pedro —sonrió el mago—, soy yo. Me alegra mucho que haya estado escuchando la radio, pues me he gastado mis buenos dólares en conseguir que mi mensaje fuese radiado.

—¿...?

—Pues, tal como decía el mensaje radiado, Miguel está en apuros, y he pensado que quizá sería conveniente que usted y yo llegásemos a un acuerdo.

—¿...?

—¿Qué clase de acuerdo? Bueno, éste no es lugar para hablar sobre ello. Por otra parte, tal como decía el mensaje, yo sólo voy a estar aquí quince minutos. Es decir, de ocho y cuarto a ocho y media..., pues no me gustaría que otras personas, que quizá también lo hayan oído, localicen este lugar y vengan a verme. Así que dígame dónde podemos vernos, para que yo pueda salir inmediatamente de aquí.

—...

—¿Desconfía usted de mí? Como quiera. Intentaré arreglármelas solo para ayudar a Matilde Robles.

—¡...!

—Todavía no le ha pasado nada, pero preveo un mal futuro para

ella, si realmente está en complicidad con Miguel.

—¿...?

—Desde luego: yo haré lo que usted quiera. Acepto de antemano todas las condiciones que quiera poner.

—¿...?

—Olvídese del Jaguar Club. Si apareciese por allí, quizá no viviría lo suficiente para llevar a cabo mi actuación. Eso se arreglará en otro momento. Usted diga lo que quiere que haga, y yo lo haré, Pedro.

—...

—Sí... Sí, sí.

—...

—Sí. Sí, claro que acepto. A las once. De acuerdo. Hasta luego.

Colgó, pagó las dos copas de tequila que se había bebido mientras esperaba, y salió del local. Eran las ocho y veintiséis minutos, y la calle Cuarenta y Dos estaba atestada. Hermosa noche de verano... Un tanto cargada la atmósfera. Había luces por todas partes... Y chicas. Cientos, miles, millones, billones de chicas bonitas que pasaban junto a él, riendo, la mayoría mirándole con una prometedora sonrisa en los labios...

Llegó poco después adonde había estacionado la furgoneta, entró, y se acomodó ante el volante, mirando a «Lupita», que, en el asiento contiguo, comenzó a desperezarse, maullando dulcemente.

—¡Hola, gatita! —le sonrió Pepe Chang—. Sigue durmiendo; nos vamos otra vez de paseo.

De la amplia guantera sacó un plano del Estado de Nueva York, que estuvo examinando a la luz del interior del vehículo... Tal como había imaginado, la localidad de Milford estaba cerca de New Haven; a doce millas, exactamente. Así pues, como la noche anterior, tenía que ir por la Estatal 95, hasta el cruce de Milford.

«Lo cual —pensó— me llevará unas dos horas, más o menos. Y si ahora son las ocho y treinta y cinco, quiere decir que dispongo de casi dos horas y media. Va bien».

Partió en dirección al Bronx, a cuya salida tomó la 95, sorteando así New Rochelle. A su derecha estaba el mar, salpicado de luces de embarcaciones. Más allá, Long Island, como un ascua de luz.

«Me estoy metiendo en un buen lío —se dijo—. Y todo por una mujer. Una mujer inválida. Aunque no sé... Si Servando Ugarte fue

quien preparó el accidente, quizá luego se las haya arreglado para que no la atendiesen debidamente... Claro que esto tampoco puede ser, ya que el personal médico de un hospital jamás aceptaría dejar inválida a una muchacha tan bonita... Ni a nadie, claro está. Entonces, debo convencerme de que no hay nada que hacer para curarla... Mientras tanto, si ella realmente está de acuerdo con Miguel y con Pedro, lo va a pasar muy mal en cuanto hagan hablar a Miguel. ¿Y por qué no ha de estar de acuerdo con ellos? Quizá ella tenga fundadas sospechas, o incluso la certeza de que fue Ugarte quien ordenó el *accidente*, y esté haciendo lo único que puede hacer, dado su estado físico. Naturalmente, si estuviese bien, ya habría encontrado el modo de escapar, pero, al no poder hacerlo, tiene sentido que entre ella y Miguel hayan querido robarle esa fórmula a Ugarte, para impedir que éste tenga armas y dinero. Nadie más que Ugarte conoce la combinación de la caja, de modo que... cuando Pedro me vio actuar, tuvo la gran idea: un desconocido capaz de hacer cosas sorprendentes, podía solucionarles el problema... En cuanto a Miguel, que según parece está de parte de Matilde, francamente, no quisiera estar en su pellejo...».

Llegó a las once menos diez, en plan de paseo, al cruce de la 95 con el desvío a Milford. Tomó ese desvío, y, a mitad del corto trayecto entre el cruce y la localidad, apartó la furgoneta de la carretera, paró el motor, y, dejando encendidas las luces de posición, se dispuso a esperar.

—Maooo...

Pepe Chang se dio una palmada en la frente.

—¡Es verdad, lo había olvidado! Te debo todavía la tarrina de caviar persa... ¡No me digas que tienes hambre precisamente ahora!

—Maooo...

—Pues, querida mía, vas a tener que esperar. Admito que tienes razón, pero tendrás que esperar.

A las once en punto de su reloj, Pepe Chang se apeó de la furgoneta, y echó a andar hacia Milford. No tuvo que caminar mucho... Un coche llegó por detrás de él, y se detuvo, a su lado.

—¡Señor Chang!

La puerta delantera derecha se abrió, impulsada por el conductor, que se había inclinado hacia ese lado. Al agacharse para

entrar, Pepe Chang reconoció a Pedro al volante. Detrás había otra persona, pero ocultaba su rostro deliberadamente con un periódico abierto, que sostenía con una mano. En la otra, pequeña y fina, Pepe Chang vio la pistola con silenciador.

Se quedó inmóvil, pero Pedro invitó:

—Entre. No debe temer nada si sus intenciones son, en verdad, buenas. Es sólo precaución, pues no podemos confiar en usted, así por las buenas. Ni en nadie... ¿Lleva usted armas?

Pepe se sentó junto a Pedro, y cerró la portezuela.

—No. Requisé dos, pero las he dejado en casa.

—En su furgoneta, supongo —los dientes de Pedro brillaron, blanquísimos, en la oscuridad—. ¿Me permite que me asegure?

—Claro.

Pedro palpó el torso de Chang. No habían armas, pero sí notó un bulto crujiente en un bolsillo interior.

—¿Qué es esto?

—La fórmula del *Disox*.

—¿Qué ha hecho con los rusos?

—Los he... ¿Cómo sabe usted eso?

—Quiero la fórmula.

Pepe Chang la sacó, y se la entregó a Pedro, que la tiró al asiento de atrás, junto a la otra persona armada.

—No me gusta como me están tratando —dijo Pepe Chang.

—Lo siento. Ahora, vamos a seguir hacia Milford... Si su furgoneta viene tras de nosotros, querrá decir que hay alguien en ella, y que está jugando sucio. ¿Lo entiende?

—Lo entiendo. Por fortuna, «Lupita» no sabe conducir..., todavía. Así que la furgoneta se quedará donde está.

—Tampoco aceptaremos que nos siga otro vehículo cualquiera.

—Ya le dije que estaba de acuerdo con todo, ¿no es así?

Pedro asintió, en silencio. El coche reemprendió la marcha en dirección a Milford. Cruzaron la población, prácticamente desierta, sin que vehículo alguno apareciese tras ellos. Dieron una vuelta, y tampoco sucedió nada que despertase la desconfianza de Pedro.

Finalmente, casi a las once y cuarto, el coche se detenía en las afueras de Milford, hacia la playa, delante de una caseta aislada construida de espaldas al mar. Pedro paró el motor y apagó las luces.

—Salga, señor Chang.

Se aparearon los dos, y fueron hacia la casa. Pepe Chang volvió la cabeza, pero la otra persona no parecía tener intenciones de salir del coche. Llegaron al porche, y Pedro abrió la puerta, encendió la luz del pequeño vestíbulo y se apartó.

—Pase, por favor.

Se dirigieron los dos hacia una pequeña salita. Pedro había dejado la puerta entornada, así que Pepe Chang no se sorprendió cuando oyó los pasos tras ellos. Unos pasos quedos, muy ligeros. Seguramente, la otra persona llevaba zapatillas de baloncesto, o un calzado parecido.

Se volvió, de pronto, hacia la puerta del saloncito, cuando oyó aquellos pasos allí.

Y, en efecto, aquella persona llevaba zapatillas de tenis. Y unos *blue-jeans*. Y una ligera y fresca blusita generosamente desabrochada, mostrando parcialmente el bronceado seno... Pero eso no era nada.

Nada.

No tenía la menor importancia. Ni la tenía el hecho de que los largos cabellos estuviesen recogidos atrás, en una espesa *cola de caballo*, de modo que se veía nítidamente la forma de su rostro, sus orejitas, su bella garganta tan esbelta...

—¡Matilde! —pudo exclamar, por fin, Pepe Chang.

La bellísima muchacha que le miraba sonriente desde la entrada al saloncito, se echó a reír. Una risa deliciosa, cristalina.

—¡De modo que usted es el famosísimo Pepe Chang! —exclamó. Éste parpadeó, desconcertado.

—Claro... Lo sabes muy bien. Esta mañana me presenté, cuando estuve en...

—No se canse, señor Chang —dijo Pedro, sonriendo—, se está equivocando, además.

—Equivocando..., ¿en qué?

—Ella no es Matilde. Es Marina, su hermana gemela. Le presento a la señorita Marina Robles Carvajal.

—¡Atiza! —gritó Pepe.

—Me parece —volvió a reír la muchacha— que la pistola no es necesaria. ¿Cómo está usted, señor Chang?

Se adelantó hacia él, después de tirar la pistola sobre un sillón,

tendiendo la manita. Pepe Chang la tomó, todavía desconcertado.

—Muy bien —dijo, tontamente—. ¿Y usted?

Marina Robles volvió a reír. Se sentó en el sofá, y dio unas palmaditas a su lado, mirando a Pepe Chang, que se apresuró a ocupar aquel sitio, sin dejar de mirar a la muchacha.

—Para ser usted un gran mago —siguió riendo Marina— resulta un hombre fácil de sorprender, señor Chang. ¿Acaso nunca ha visto o, al menos, ha oído hablar de hermanos gemelos?

—Pues sí... ¡Claro que sí! Pero es que... ¡Oiga, son ustedes verdaderamente idénticas, señorita Robles!

—¿Quiere beber algo? —ofreció Pedro, sonriente.

—Bueno. Pero que sea fuerte. Me apuesto una flor a que no tienen pulque.

—Perdió —rió de nuevo Marina—. ¡Tenemos pulque!

—Pues si he perdido, pago —dijo Pepe.

Un pase mágico, y... ¡hop!, una flor apareció en su mano. La tendió a Marina, que estaba boquiabierta.

—¿Cómo lo ha hecho? —exclamó la muchacha.

—Pues así —dijo Pepe Chang.

Movió la mano izquierda..., y también en ésta apareció una flor. La unió a la primera, y tendió las dos a Marina, que alargó su manita para agarrarlas... Y entonces, Pepe Chang impulsó las dos flores hacia el techo... No llegaron allí, porque a mitad de camino se convirtieron en dos palomas, que tras un revuelo, fueron a posarse en lo alto del mueble librería.

Pedro y Marina estuvieron unos segundos atónitos mirando las palomas. Luego, todavía estupefactos, volvieron a mirar a Pepe.

—¡Es increíble! —exclamó Marina.

—En efecto —asintió, plácidamente, el gran mago—. Increíble, pero verdad. Y por favor, nada de preguntarme el truco: no lo vendo por menos de cien mil dólares. ¿Qué hay del pulque? ¡Oh!, pero la señorita se ha quedado sin su flor... Imperdonable.

Acercó la mano al escote de Marina, movió los dedos, y sacó de allí otra flor, que tendió a la cada vez más estupefacta muchacha...

—¿Puedo... puedo...?

—Sí, sí. Ésta no se convertirá en paloma. Garantizado.

Marina tomó la flor, la olió, y se quedó mirando al gran mago Pepe Chang Ivanovitch. Pedro se acercó con el pulque, y Pepe

Chang lo probó, con un gesto de desconfianza. Gesto que se convirtió en el acto en una expresión furibunda.

—¿Qué demonios pretende? —Miró a Pedro—. ¿Tomarme el pelo?

—¿El pe... pe... pe...? No comprendo...

—¡Esto es agua!

—¡Cómo agua! —Respingó Pedro—. ¡Es pulque!

—Si pretende burlarse de mí —lo miraba fijamente Pepe— lo voy a convertir en tarántula. Está avisado.

Pedro arrebató el vaso a Pepe Chang, probó el contenido, y palideció. Tardó algunos segundos en tartamudear:

—Es... es agua...

—¿Qué le decía yo? Bueno, da lo mismo: me la beberé. Traiga.

Marina se anticipó al gesto de Pepe Chang, tomando el vaso de la mano de Pedro. Rápidamente, bebió un sorbo..., y en el acto, comenzó a toser, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—¿Qué te pasa? —exclamó Pedro.

—¡Es pulque! —gritó Marina—. ¡No le mires a los ojos más de tres segundos! ¡Te está hipnotizando!

—Sugestionando, nada más —sonrió Pepe Chang—. Vaya, me ha descubierto usted el truco en seguida, señorita Robles. Es muy lista... ¿Me permite que beba un trago de ése estupendo coñac?

—¡No es coñac, es...!

Marina desvió rápidamente la mirada, y devolvió el vaso a Pepe Chang, que bebió con evidente placer y dijo:

—Estupenda leche de vaca, sí señor.

Pedro miraba de uno a otra, desconcertado... Pero más desconcertado todavía miró el vaso de... leche. Sí, era leche... Lanzó una exclamación, se volvió de espaldas a Pepe Chang, y se dio unas fuertes palmadas en las mejillas, estirando mucho los párpados... Cuando se volvió para mirar el vaso, el contenido de éste era pulque.

—Así no iremos a ninguna parte —gruñó.

—Bueno —dijo Pepe Chang—, entonces díganme lo que tengan que decirme. ¿Por dónde empezamos?

—¿Sin más trucos?

—Sin más trucos. Palabra.

—Bien. —Pedro acercó un sillón hasta delante del sofá, y se

sentó, de frente a Pepe Chang y Marina—. Tenemos esa fórmula, así que ahora...

—¿Para qué la quieren ustedes? —cortó Pepe.

—La vamos a vender a los árabes —dijo Marina.

—¿A los árabes? ¿Por qué?

—Les interesa más que a nadie.

—¿Por qué? —insistió Pepe Chang.

—Es Matilde quien sabe eso, pero hasta ahora no ha podido decírnoslo...

—¿Ni siquiera por medio de Miguel? —entornó los ojos el gran mago.

—En realidad, Matilde no acababa de confiar en Miguel. Ella sabe para qué sirve exactamente el *Disox*, pues ha oído hablar a Servando Ugarte con Pérez, Lorente y Martínez sobre ello, pero puesto que no confiaba plenamente en Miguel, ha preferido guardar silencio.

—¿Y usted cómo sabe todo lo que piensa su hermana? ¿Acaso puede comunicarse con ella mentalmente?

—No... Nosotras no tenemos su poder, señor Chang. Tenemos un medio más rudimentario.

—¿Qué medio?

—Heliografía. Matilde utiliza a veces su espejito para enviarnos mensajes, cuando está tomando el sol junto a la piscina. Nosotros vigilamos casi constantemente la villa, en especial a determinada hora, y captamos esos mensajes.

—De acuerdo. Pues ese medio es tan bueno como otro cualquiera para decirle a usted para qué sirve el *Disox*.

—¿Y por qué sólo a mí? Tenga en cuenta que esas señales podrían ser vistas por otras personas ajenas a este asunto, y en ese caso, las cosas podrían complicarse aún más. No me refiero a las personas que hay en la villa donde tienen prisionera a Matilde, sino a personas cualquiera, a norteamericanos que pudiesen capear el mensaje. Lo más probable, es que lo comentasen con sus amigos, e incluso que avisasen a la policía...

—Está bien, está bien. ¿Dice usted que tienen *prisionera* a su hermana?

—Claro. La piensan utilizar como símbolo para...

—No me lo diga. Conozco ese cuento... Me lo contaron los

rusos. En realidad, lo único que me falta por saber es si fue o no fue Servando Ugarte quien provocó el accidente de su padre.

—Claro que fue él —se nubló el gesto de Marina—. Pero ahora, sin el *Disox*, las cosas se le van a poner muy difíciles. En cambio, nosotros lo tenemos muy fácil: sólo tenemos que vender la fórmula a los árabes.

—¿Por cuánto? ¿Y qué harían con el dinero?

—Mil millones de dólares. ¿Qué haríamos con el dinero? Esperar, pacíficamente las próximas elecciones, dentro de año y medio, mientras íbamos preparando la subida al poder de un auténtico patriota hontemalteco: Julio Sanmiguel. Con mil millones de dólares, podemos hacer eso, y convertir Hontemala en el más pacífico... y próspero país de Centroamérica. Prosperidad que se extendería a nuestros vecinos, con los que iríamos firmando acuerdos políticos y comerciales.

—Es un proyecto magnífico —susurró Pepe Chang.

—En cambio, Ugarte sólo ambiciona poder personal. Es un canalla que sólo pretende utilizar el poder que conseguiría si su sangrienta revolución triunfase, en gloria personal, aunque fuese a costa de guerras con nuestros vecinos.

—Bueno —sonrió Pepe Chang—. Supongo que una persona de nobles sentimientos solo puede ponerse de parte de ustedes, señorita Robles.

—¿Se burla de mí? ¿Es que no me cree?

Pepe Chang frunció el ceño, y estuvo reflexionando unos segundos.

—Más bien sí —dijo por fin—. Pero entiendo que tenemos un problema importante: sacar de la villa a Matilde y a Miguel si no queremos que los maten a ambos.

—Eso es lo que yo iba a decir al principio —murmuró Pedro.

—Y no va a ser fácil —movió la cabeza Pepe Chang—. Sacar de ahí a un herido y a una inválida... Francamente, no es fácil.

—Podría ser fácil si sólo nos preocupásemos de Miguel —dijo Marina.

—¿Sólo de Miguel? —La miró inquisitivo Pepe Chang—. ¿Y dejar allí a Matilde?

—No le harán nada. La necesitan... Servando Ugarte está dispuesto a utilizarla, así que no le harán nada. Y más adelante

encontraremos el modo de rescatarla a ella.

—¿Usted está de acuerdo con eso? ¡Es su hermana!

—No soy yo quien está de acuerdo, señor Chang, sino la propia Matilde. Eso decía en su último mensaje con el espejo.

Pepe Chang se pasó una mano por la barbilla, mientras de nuevo quedaba pensativo.

—Está bien —musitó—. Si ella así lo quiere, así se hará. ¿Con cuántos hombres contamos?

—Sólo somos nosotros —palideció Pedro.

—¡Pues vaya un ejército!

—Bueno... Habíamos pensado que quizá con alguno de sus trucos...

—¡Alguno de mis trucos! Pero ¿qué le pasa, hombre? ¿Usted cree que hay algún truco para parar un montón de balas?

—¿No lo hay?

Pepe Chang soltó un resoplido. Marina y Pedro se miraron, y luego miraron al mago, que una vez más estaba pensativo...

—Y además —dijo de pronto—, hay que hacerlo cuanto antes, pues si consiguen obligar a Miguel a delatar a Matilde, quizá.

Ugarte, una vez convencido, se enfade lo suficiente con ella como para matarla. Lo cual significa que hay que sacarlos a los dos, no a uno solo.

—Ya le digo que no se preocupe por Mat...

—¡Pues me preocupo! ¿Y sabe por qué, señorita Robles? ¡Porque no quisiera quedarme viudo antes de casarme!

—Usted..., usted está bromeando ahora...

—No. ¿Cree que su hermana no es capaz de inspirar amor?

—Supongo —replicó Marina— que cualquier mujer puede inspirar amor a un hombre...

—Cualquier mujer, no —rechazó Pepe Chang.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir exactamente lo que he dicho. Hay mujeres que quizá ofrezcan un... mejor aspecto que otras, pero no tiene importancia con lo que pueden ofrecer respectivamente.

—Quizá le entendería si se explicase usted mejor, señor Chang.

Pepe se puso en pie, y señaló hacia el aparador donde Pedro había dejado visible la botella de tequila.

—¿Puedo llevármela?

—Desde luego —asintió Pedro—. Pero ¿ya se va?

—Sí.

—Aún no hemos pensado en lo que podríamos hacer para ayudar a Miguel y a Matilde.

—Yo me ocuparé de eso. ¿Estarán ustedes aquí?

Pedro y Marina cambiaron una mirada. Fue ella la que contestó:

—Pedro estará siempre aquí, pero yo no. Generalmente, soy quien permanece cerca de la villa, por lo menos durante el día, por si Matilde envía algún mensaje con su espejo.

—Pensaré en eso también —asintió Pepe Chang; fue adonde estaba la botella, y se la metió en un bolsillo—. Supongo que serán tan amables de llevarme adonde está mi furgoneta.

—Yo lo haré —dijo rápidamente Marina, poniéndose en pie.

Pepe Chang se despidió con un gesto de Pedro, y salió de la casa, seguido por Marina. Subieron al coche, ella al volante, y emprendieron el regreso. Esta vez tardaron menos tiempo en efectuar el recorrido, porque no dieron rodeos, sino que fueron allá directamente. Al llegar, Marina maniobró, de modo que el coche quedó detrás de la furgoneta y orientada de nuevo hacia Milford.

Paró el motor.

—Gracias —murmuró Pepe—. Espero que todo...

—Espere, señor Chang: a mí no me gusta dejar conversaciones a medias.

—No creo que ninguna de nuestras conv...

Marina Robles rodeó con sus brazos el cuello del gran mago, y le besó impetuosamente en los labios, mientras se apretaba contra él. Pepe Chang Ivanovitch notó el cálido contacto en su pecho, en su cuello, en sus labios... En la calma de la noche estival, fue como si de pronto, la fresca brisa procedente del mar se convirtiese en un viento caliente y salvaje que lo envolvió bruscamente.

Por un instante, permaneció inmóvil, sin reaccionar al ardiente beso. Luego, lentamente, deslizó sus manos hacia la cintura femenina, tierna y tibia... Marina no llevaba más ropa que la blusa, de tejido fino, ligero. Mientras la besaba, Pepe Chang notaba el violento latir del corazón de la muchacha.

Finalmente, ella se apartó, aspirando profundamente. Cuando él miró sus ojos, le pareció que estaban llenos de puntitos de luz, como si las estrellas hubiesen entrado en el coche para posarse en

ellos. Había un gran silencio, de modo que la voz susurrante de ella se oyó con toda claridad:

—¿Qué clase de mujer te parezco, ahora?

—Apasionada. Hermosa. Inexperta.

—¿Inexperta? —exclamó ella.

—Bueno... Quizá esté equivocado. A fin de cuentas, un beso no significa nada.

—¡No significa nada! —jadeó ella—. ¡He puesto en ese beso toda mi alma!

—Debes tener un alma muy chiquitina —brillaron los dientes de Pepe Chang.

—Estás fanfarroneando —susurró ella—. En realidad, ese beso mío te ha impresionado profundamente.

—Me parece —rió Pepe— que eres tú quien está fanfarroneando, Marina. Ni siquiera me has alterado.

—Es mentira... ¡Es mentira!

—Podría pasarme la noche entera recibiendo lo que tú llamas besos sin que mi sangre acelerase su circulación. En cuanto a mí se refiere, no tengo prisa, de modo que si quieres podemos seguir probando.

—Eso... es un desafío.

—En efecto.

Marina volvió a abrazarse a él, y de nuevo lo besó. Esta vez el beso fue más largo, más profundo. En alguna parte croaban unas ranas. Y eso era todo en la noche.

—¿Y... y ahora? —Tembló la voz de ella al apartarse.

—Sigo pensando que, un beso es muy poca cosa. Dos besos, siguen siendo poca cosa... Y quizá mil besos sigan siendo poca cosa.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres?

—¿No lo imaginas?

Marina Robles quedó silenciosa, mirándolo fijamente. Sí... Como si todas las estrellas hubiesen acudido a una cita en sus ojos, tan grandes, tan hermosos.

—¿Quieres que me quite la blusa? —susurró de pronto.

—No. Voy a serte sincero, Marina: no te esfuerces... Por mucho que hagas, jamás me impresionarás como me impresionó Matilde. No sois iguales... En el aspecto físico, sí. Tanto, que podríais engañar a un hombre de mi penetración, incluso. Pero el aspecto

físico de una persona es... como el pulque, el agua y la leche que ha visto Pedro: pura sugestión. Lo que hay que saber es lo que realmente hay en el vaso. Eso es lo que hay que saber, eso es lo que en verdad importa. No lo que uno ve, sino lo que realmente contiene el vaso.

—¿Quieres decir... que el contenido de mi vaso no te importa..., no te gusta?

—No me gusta lo más mínimo.

—¿Prefieres a mi hermana?

—Yo soy hombre de gustos selectos, así que, en efecto, prefiero a Matilde. Marina no me interesa.

—Eres un pobre chiflado... ¿Cómo puedes compararnos... ahora? ¡Ella es una pobre inválida que sólo puede inspirar compasión, una ruina humana, y yo...!

¡Plaf!

La bofetada propinada por Pepe Chang fue tan ferozmente aplicada, que Marina Robles salió despedida hacia atrás, chocó de cabeza y hombros contra lo alto de la portezuela, y regresó a las manos del gran mago, una de las cuales la asió por la blusa, desgarrándola.

—Me parece, Marina —dijo fríamente Pepe Chang—, que aquí no hay más inválida ni ruina humana que tú.

—Suéltame —jadeó ella—. ¡Suéltame, me estás rompiendo la ropa, me estás desnudando...!

—En ese caso, te suelto —lo hizo Pepe—. Nunca he podido soportar los espectáculos desagradables.

Salió del coche, cerró la portezuela con fuerte impulso, y fue hacia la furgoneta.

Segundos después, se alejaba de allí en dirección a Nueva York.

CAPÍTULO VII

El sudor corría a chorros por el cuerpo de Miguel.

Y casi en la misma abundancia, la sangre, deslizándose por debajo de los vendajes que cubrían su hombro derecho rodeando su torso desnudo y el hombro.

Los pantalones estaban empapados, y, sencillamente, parecían no contener nada: Miguel se había desvanecido de nuevo, así que colgaba como una masa muerta y desinflada.

Habían quitado un cuadro de aquella pared del dormitorio, y allí lo habían colgado, por medio de una cuerda que rodeaba ásperamente sus muñecas.

—Reanimadlo otra vez —dijo Servando Ugarte.

—Si seguimos así, lo vamos a matar, señor Ugarte —dijo Nico.

—¿Y qué?

—Bueno... Le hemos curado lo mejor que hemos sabido, hemos esperado a que se repusiera durante toda la noche... Todo eso no habrá servido de nada si ahora lo matamos.

—Tiene que contestar a mis preguntas. Reanimadlo.

El proceso para reanimar a Miguel no fue nada complicado: Lorenzo agarró la botella de *whisky*, y vertió un chorro sobre las vendas empapadas en sangre, justo sobre el orificio de la herida... A los pocos segundos, Miguel se agitó, emitió un gemido, luego un alarido de dolor, y sus pies se apoyaron en el suelo, soportando otra vez todo el peso del cuerpo.

Cubierto de sudor como si acabase de recibir una ducha, sus ojos miraron a Ugarte por entre los fatigados párpados. Una mirada mortecina, derrotada.

—Te lo preguntaré otra vez —dijo Ugarte—, ¿sabía Matilde lo que estabas haciendo en combinación con ese Pedro, ese amigo

tuyo del exterior?

Miguel aspiró profundamente, y dejó colgar la cabeza sobre el pecho una vez más, fatigado, roto.

Ugarte le asió por los cabellos, y le alzó la cabeza rudamente.

—Me lo vas a decir, tarde o temprano —siseó—. Escucha, yo tengo que saber con seguridad a qué atenerme con respecto a Matilde, ya que si ella ha tomado parte en esto, significa que sospecha que fui yo quien preparó el accidente, en cuyo caso, jamás podría confiar en ella, ni ofrecerla al pueblo hontemalteco como garantía de que mis intenciones políticas son las mismas que animarían a los Robles Carvajal... Si ella me está engañando, simulando que confía en mí, al final me haría la mala jugada, gritando en toda Hontemala que nadie debía confiar en mí. Sí... Lo haría en el momento más inoportuno para mí. Y no estoy dispuesto a correr ese riesgo. Si está verdaderamente de mi lado, seguiré adelante con ella. Si no lo está, la dejaré aquí... ¿De qué te ríes?

Fantástico, pero cierto: Miguel había emitido una aguda risita.

—Se ha vuelto loco —dijo Ginés.

—¿De qué te ríes? —gritó Ugarte.

—Me río —alentó, con ronca voz, Miguel—, me río porque usted..., usted cree que soy... un idiota... Si yo admitiese que Matilde me ha estado ayudando..., usted la... la mataría...

—Con eso la estás condenando. ¡Acabas de hacerme comprender que estáis de acuerdo los dos!

—Usted... usted sí que está loco... ¿Para qué podemos nosotros necesitar... a una chica inválida... que ni siquiera... se basta a sí misma?

—¿Quiénes sois *vosotros*?

—Somos... patriotas... Patriotas hontemaltecos..., que le estamos... le estamos vigilando desde que... que...

—¡Yo también soy un patriota!

—Usted —jadeó Miguel—, usted es... un... un cerdo asesino. Y si no fuese porque... porque hemos estado... esperando a que sus tres sicarios terminasen... la fórmula del *Disox*, ya les habríamos... les habríamos matado a todos... Por lo menos, a usted, y a esos tres... científicos repugnantes para... para que nunca, nadie más, pudiese tener la fórmula del *Disox*...

—¿De modo que teníais planeado matarme? —preguntó con voz

aguda Ugarte.

—Ya estaría... muerto si no hubiésemos... fallado en conseguir la fórmula..., para vendérsela a los árabes... Sí, a los árabes... De este modo, evitar... muertos... rras... podremos... día...

—¿Qué dices? —gritó Ugarte, tirando con fuerza de los cabellos—. ¿Qué dices, maldito?

—Está delirando —dijo Ginés—. Yo creo que tiene fiebre. Ni siquiera nos oye ya, señor Ugarte.

—¡Pues tiene que oírme! —Ugarte estaba fuera de sí—. ¡Tiene que oírme, y contestarme a todo lo que pregunte de una maldita vez, tiene que oírme...! ¡Y yo voy a obligarle a ello!

Se abalanzó contra Miguel, que no estaba desvanecido, pero sí delirante. Seguía hablando de cosas que no podían entender, con los ojos cerrados... Cuando Servando Ugarte comenzó a golpearlo, dejó de hablar, y se relajó de nuevo, quedando colgado por las muñecas, que la cuerda estaba despellejando...

Posiblemente, Ugarte habría acabado por matarlo si Nico y Lorenzo no le hubiesen sujetado por los brazos.

—¡Espere, señor Ugarte!

—¡Soltadme, estúpidos! ¡Soltadme o...!

—¡Tengo la solución! —aseguró Nico—. ¡Se me ha ocurrido una idea que no puede fallar!

—¿Qué idea? —exclamó Ugarte, con los ojos casi fuera de las órbitas.

—¿Por qué seguir con Miguel? Está demostrando que es muy duro... Pero quizá no lo sea tanto si a quien maltratamos es a otra persona.

—¿A qué...? —Ugarte respingó—. ¿Te refieres a la propia Matilde?

—¡Claro! ¡Si los dos están juntos en esto, él no podrá soportar ver que maltratamos a la muchacha, o quizá ella misma nos diga lo que queremos saber...!

—Si hago eso —movió la cabeza Ugarte— ya será seguro que jamás podré contar con presentarme en Hontemala con la hija de Nemesio Robles.

—Bueno, créí que la idea...

—Esa idea ya la deseché yo. Pero acabas de darme otra que será mucho mejor, Nicomedes... Mucho mejor. Ve a buscar a Matilde y

llévala a mi despacho. Mientras tanto, vosotros dos —señaló a Ginés y a Lorenzo— cuidad de Miguel, conservadlo con vida... ¿Qué pasa?

La pregunta iba dirigida a Ramón, que acababa de aparecer en la puerta del dormitorio.

—Ha venido un ruso, señor Ugarte. Trae el dinero...

—¿Ya? —exclamó alegremente, Servando Ugarte—. ¡Estupendo! ¿Lo has llevado al despacho?

—Sí señor. A éste no le había visto nunca.

—¿A quién? ¿Al ruso?

—Sí, sí. No le conozco. Pero como trae el dinero, he pensado que debía dejarle pasar.

—Naturalmente. Bien, voy allá... Haced lo que os he dicho. Tú ven conmigo, Ramón.

Se fueron al despacho. Lo primero que vieron al entrar fue el gran portafolios colocado verticalmente sobre la mesa del despacho. Luego, vieron al ruso. Un sujeto alto, más bien grueso, que estaba de lado con respecto a ellos, contemplando con expresión crítica uno de los cuadros. Se volvió al oírlos, y, apenas ver sus ojos, Servando Ugarte quedó como clavado al suelo.

Era un hombre rubio, pecoso, con una cicatriz de cuatro o cinco centímetros sobre la ceja derecha. Pero, en realidad, nada de su aspecto importaba demasiado cuando se veían sus ojos, de un azul-gris clarísimo, transparente..., de una frialdad verdaderamente impresionante.

—¿Ugarte? —preguntó con voz susurrante.

—Sí. —Ugarte tragó saliva—. Sí, sí.

—Soy Mihail Kovarian —el ruso le tendió la mano—. Usted ya ha comprendido, por supuesto, que soy compañero de Basiliev y Karpof.

—Sí, claro. Claro. ¿No quiere sentarse, señor Kovarian?

Kovarian frunció el ceño, miró a Ramón, y volvió a mirar a Ugarte, con tan significativa expresión, que el hontemalteco tuvo que comprender.

—¡Oh! —sonrió—, todos mis hombres son de confianza...

—¿Miguel también? —sonrió sardónicamente Kovarian—. Aparte de eso, hay un punto final en todo este asunto que mi

Directorio quiere dejar bien claro con usted. Y ese punto final no estoy dispuesto a exponerlo delante de personal secundario.

—Ve a ayudar a Ginés y Lorenzo, Ramón.

—Sí señor —masculló éste.

Salió del despacho, cerrando la puerta. El ruso de los ojos como cristal fue a sentarse en un sillón, pero, apenas lo había hecho, volvió a ponerse en pie, volviéndose hacia la puerta, que se había abierto, dejando paso a Nico, que llegaba empujando el sillón de ruedas en el que yacía Matilde Robles.

—Señor Ug...

—¡Marchaos, Nico! —dijo Ugarte—. Luego arreglaremos eso.

—Espere —pidió Mihail Kovarian, mirando fijamente a Matilde—. ¿Ella es la señorita Robles? ¿La hija de Nemesio Robles?

—Sí.

—¡Usted, márchese! —ordenó Kovarian a Nico.

Kovarian cerró la puerta cuando Nico hubo salido, y luego, se inclinó hacia la muchacha, inquietos los ojos.

—Es usted muy bonita, señorita Robles —dijo.

Matilde se pasó la lengua por los labios, y no contestó. El ruso colocó un sillón de modo que al sentarse quedó frente a ella. La estuvo mirando con una minuciosidad tal que Matilde comenzó a ponerse nerviosa...

—Muy bonita —repitió Kovarian, en un susurro—. Y muy joven. Sobre todo, muy joven para morir.

—¿Quién es usted? —preguntó Matilde.

—Me llamo Mihail Kovarian.

—¡Ah!

—Sí —sonrió el ruso—, supongo que sólo mi nombre ya se lo ha dicho todo. Pero acabo de hablarle de morir, y parece que eso no la ha impresionado demasiado.

—¿Tengo que morir?

—Pues... Bien, un día u otro todos tenemos que morir. Y a veces me he preguntado si es mejor morir joven o viejo... ¿Conoce usted estos versos?

«Morir, y joven: antes que destruya el tiempo aleve la gentil corona; cuando la vida dice aún: soy tuya, aunque sepamos bien que nos traiciona...».

—Son del poeta mexicano Gutiérrez Nájera —musitó Matilde.

—En efecto. ¿Y estos otros?

«¿Quién es esa sirena de la voz tan doliente, de las carnes tan blancas, de la trenza tan bruna? ...Es un rayo de luna que se baña en la fuente, es un rayo de luna...».

—Amado Nervo —dijo quedamente Matilde—. También mexicano.

—Así es. Pero no crea que sólo conozco a los poetas mexicanos. También conozco a muchos, yo diría que todos los importantes de Sudamérica. ¿Y sabe por qué, señorita Robles?

—No... ¿Por qué?

—Porque soy especialista en asuntos sudamericanos, y, en general, de todos los asuntos importantes que se produzcan en el ámbito hispanoamericano. Aclarado esto, dígame: ¿Cuál es su opinión sobre lo que está sucediendo aquí, sobre toda esta planificación que se está realizando respecto al futuro de Hontemala?

—No creo que mi opinión... tenga demasiada importancia.

—Yo creo que sí, puesto que piensa apoyar al señor Ugarte. ¿O no es así?

Matilde miró a Ugarte, que tenía los ojos muy abiertos, y la miraba anhelante. No sabía lo que pretendía aquel ruso, pero sí estaba comprendiendo que, por algo que no podía ni imaginar de momento, la actitud de Matilde Robles había pasado a ser importante para los rusos.

—Sí —dijo ella—. Pienso apoyarle, desde luego.

Mihail Kovarian asintió con un gesto, miró a Ugarte, y le señaló el grueso portafolios. Ugarte lo tomó, se sentó tras su mesa, colocó el pesado portafolios delante y lo abrió.

—¡Pffffuuupppfff!... —Apareció la gata siamesa del interior del portafolios, arqueando el lomo, erizado el pelo.

—¡Señor Chang! —exclamó Matilde.

Servando Ugarte había respingado fuertemente, echándose hacia atrás, y si no cayó fue porque el sillón era pesado, confortable, de gran estabilidad... Pero se quedó pegado al respaldo, contemplando

aterrado aquella pequeña fiera que le miraba con una perversidad fuera de toda duda.

—Si no se mueve, no le hará nada —dijo Kovarian—. Pero si se mueve, o dice mentiras, mi gata lo va a destrozar, Ugarte. Por si no es capaz de imaginar lo que ella puede llegar a hacer, sólo le diré que dos espías rusos, sin duda mucho más preparados que usted para afrontar dificultades, se derrumbaron cuando les dije que los iba a dejar a solas con «Lupita». Ahora charlaremos. Pero sin gritos, para que nadie venga a molestarnos. Y ya lo sabe: si dice mentiras, «Lupita» le sacará los ojos. Primera pregunta: ¿Fue usted o no fue usted quien ordenó el... accidente —asesinato que le costó la vida a Nemesio Robles, y las piernas a su hija Matilde?

Ugarte no contestó. Su mirada permanecía fija en aquellos ojos verdes, quizá azules, quizá grises, que lo miraban todavía más fijamente que él a la gata.

—¿No lo recuerda? —Alzó las cejas Mihail Kovarian—. Bueno, le voy a conceder un minuto para que reflexione. Supongo que lleva una pistola, pero ni siquiera voy a molestarle en quitársela; sólo con que mueva una mano, «Lupita» le sacará los ojos.

—Señor Chang... —empezó Matilde.

Kovarian le hizo un seco gesto para que se callase, y se dirigió al cuadro tras el cual estaba la caja fuerte. Abrió ésta con una facilidad que dejó boquiabierta a Matilde, pues batió su récord anterior: doce segundos. Sacó todo el contenido de la caja, y lo llevó a un extremo de la mesa. Lo primero que hizo esta vez fue embolsarse el dinero, tras echarle una ojeada de cálculo.

—Más o menos —dijo—, es lo que me va a costar la demanda por incumplimiento de contrato con el Jaguar Club.

Examinó los documentos, y los que no le interesaban los fue tirando a la papelera. En definitiva, se quedó el dinero y todos los pasaportes que habían en la caja, haciéndolos desaparecer en un bolsillo interior. Luego, cerró la caja, colocó bien el cuadro, se acercó al petrificado Ugarte y le quitó la pistola, indiferente.

Cuando se dignó concederle una mirada, el rostro de Servando Ugarte estaba cubierto de sudor, y lívido como el de un muerto.

—Ha pasado el minuto, señor Ugarte.

—Señor Chang, tenemos que ayudar, en seguida, a Miguel... —dijo Matilde.

—Miguel está mal, pero en estos momentos no tiene importancia que nos demos prisa o no: está desvanecido, así que lo dejan tranquilo.

—¿Cómo... cómo lo sabe usted?

—Lo sé. ¿Ha visto alguna vez a un gato hundiendo sus zarpas en un par de ojos, señorita Robles?

—No... no.

—Pues lo va a ver muy pro...

—No —jadeó Ugarte—. ¡No! No hagan eso... Yo lo hice, sí... Yo lo preparé todo... Nemesio Robles se negó a secundarme en mis planes para apoderarme del poder, y me amenazó con informar de ellos al actual presidente. Tenía que hacerlo... ¡Tenía que matarlo!

Quien estaba ahora lívida era Matilde Robles. Su cuello estaba tenso, sus manos se crispaban en los brazos del sillón de ruedas, sus ojos estaban fijos en Servando Ugarte... Mihail Kovarian se acuclilló ante ella, y la muchacha lo miró.

—Ya sabes lo que querías saber, ¿no es así? —susurró él—. Has estado aquí todo este tiempo pasando miedo, odio, dudas..., sólo esperando este momento de descubrir la verdad. Una verdad que para ti era casi evidente, pero sobre la cual aún tenías dudas. Ahora ya no puedes tenerlas. Sabes lo que quiere hacer Ugarte en Hontemala, sabes que él fue el causante del accidente... ¿Qué piensas hacer ahora?

—Lo... lo voy a matar... —jadeó Matilde—. ¡Lo voy a matar!

—Buena idea. —Kovarian puso la pistola de Ugarte en las manos de la muchacha—. Toma, utiliza esto. Es muy fácil.

Empujó el sillón de ruedas hasta que la muchacha quedó delante de la mesa y hacia un lado, de modo que «Lupita» no estaba en la línea de tiro. Matilde Robles alzó la pistola, y apuntó a la cabeza de Servando Ugarte, cuya palidez ya no podía ser mayor. Su boca estaba tan seca, que no podía proferir un solo sonido. En cambio, toda su cabeza, su rostro, su cuello, estaban rezumando sudor en una cantidad impresionante.

Ligeramente al principio, y violentamente a los pocos segundos, la mano de Matilde Robles comenzó a temblar. La muchacha intentó seguir apuntando a Ugarte, pero el temblor llegó a ser tal que ni siquiera podía sostener el arma. Dejó caer la mano en el regazo, y bajó la cabeza.

—No puedo —gimió—. ¡No puedo hacerlo!

—Aquí debería estar tu hermana Marina —susurró Kovarian—, que es una linda víbora. Pero, en fin, puesto que tú no quieres convertirte en una asesina...

Se acercó a Ugarte, y antes de que éste pudiera adivinar sus intenciones le golpeó en la barbilla, de lado, con tal fuerza que lo arrancó del sillón, que finalmente cayó de lado..., crujendo menos de lo que había crujido la barbilla de Ugarte al recibir el tremendo puñetazo. Y Servando Ugarte perdió el conocimiento.

Mihail Kovarian se frotó el puño, con un gesto de malhumor, y señaló luego a Ugarte, mirando a «Lupita».

—Vigílalo hasta que te llame. Y usted, señorita Robles, ya es hora de que abandone esta casa.

—Pero Miguel está...

—Yo sacaré a Miguel. Usted mueva ese artefacto hacia fuera de la casa. He dejado el coche delante mismo, pensando en que las cosas podrían salirme bien... No se le ocurra meterse ya en el coche, porque si la viesan antes de que yo controle la situación aquí dentro, las cosas se iban a complicar. Sencillamente, Colóquese junto al coche, con la pistola oculta bajo las ropas, y espere. Cuando vea que yo salgo con Miguel, abra una de las puertas de atrás, y métase dentro del coche sea como sea; en seguida, abre otra puerta de atrás, y cuando yo meta por ella a Miguel, tire de él, de modo que yo pueda desentenderme y colocarme al volante... ¿Lo ha entendido todo?

—Sí... sí. Pero ¿cómo piensa usted hacer...?

—Usted ocúpese de su parte, y esté atenta por si tiene que disparar para proteger mi huida. Eso es todo.

—Pero... deberíamos... matar a Pérez, y a Lorente y Martínez, para que no puedan nunca más reconstruir la fórmula del *Disox*.

—Me parece bien —asintió Kovarian—: los sacaré de la casa agarrados por las orejas, para que usted los ejecute.

—¿Yo? —Respingó Matilde.

—¿Acaso no eran esos sus planes?

—Bue... bueno, sí, pe... pero... Bien, yo confiaba en que sería Miguel quien... quien...

—Pues mucho me temo que está usted sin verdugo disponible; así que, o lo hace usted, o no se hace.

Matilde bajó de nuevo la cabeza, y la movió con gesto negativo. Mihail Kovarian se acercó, le puso un dedo bajo la barbilla, y la obligó a alzarla..., para poder besarla en los labios. Matilde Robles no se movió, no reaccionó. Simplemente, se dejó besar, al principio. Luego, sus labios le parecieron aún más tiernos al Gran Mago que ahora se llamaba Mihail Kovarian. Más tiernos, más dulces, tan suaves que se amoldaban a los suyos...

Retiró, de pronto, su cabeza, vivamente.

—No me parece que éste sea el momento adecuado para empezar nuestra luna de miel, ¿verdad? —sonrió.

—No puedes estar hablando en serio...

—¿No?

El Gran Mago hizo unos cuantos pases, y, de pronto, en sus manos apareció un papel doblado, que tendió a Matilde.

—¿Qué... qué es esto?

—Una licencia matrimonial. ¿Te sigue pareciendo bien la semana próxima? Podría ser en Miami... ¿Sí?

—Dentro de una semana habrás cambiado de parecer —musitó Matilde—. Pero hasta entonces viviré con esa ilusión.

—Eso quiere decir, más o menos, que en cuanto me viste te volviste loca por mí.

Matilde se guardó la licencia en el escote, sin contestar. El Gran Mago, tras un instante de vacilación, se dirigió hacia la puerta del despacho.

—Sal de aquí, dentro de quince segundos —susurró—. Y desde luego, si alguien intenta impedirte el paso, espero que no vaciles en disparar. Hasta luego.

CAPÍTULO VIII

Salió del despacho, y cruzó el vestíbulo, hacia el pasillo que conducía a las habitaciones. Se detuvo allí, y esperó... Vio salir a Matilde, haciendo girar las ruedas de su sillón, hacia la puerta de la casa. Ella volvió la cabeza, y le vio... Mihail Kovarian se limitó a sonreír amablemente, y señaló la puerta.

Esperó hasta que ella hubo salido de la casa. Luego, siguió pasillo adelante, hasta encontrar la puerta abierta, guiado por el rumor de conversación.

Cuando entró en el cuarto, Nico, Ginés, Ramón y Lorenzo se quedaron mirándolo asombrados.

—Usted —señaló, en seguida, a Nico—, venga conmigo. El señor Ugarte tiene algo que decirle. Los demás, quédense aquí.

—¿Qué es lo que pasa? —exclamó Lorenzo.

Kovarian estaba ahora mirando a Miguel, que pendía desvanecido del fuerte clavo hundido en la pared.

—Todo esto ha sido innecesario —movió la cabeza, con gesto de disgusto—. Ustedes son demasiado rudos y torpes. En cambio, yo, con métodos más adecuados, he conseguido hacerle decir la verdad a la señorita Robles. Una verdad que no va a gustarle a alguno de ustedes.

—¿Qué quiere decir? —Gruñó Ramón.

—Yo no tengo ya nada más que decir: es el señor Ugarte el que desea ir hablando con ustedes, uno a uno.

Señaló la puerta, y precedió a Nico hacia el pasillo. Cuando ambos hubieron salido, los otros tres cambiaron una mirada de inquietud y desconcierto.

—¡Maldita sea! —masculló Lorenzo—. ¿Qué debe estar pasando ahora?

—Ni idea —masculló también Ginés—. Pero juraría que nada bueno.

—Ese ruso tiene una mirada que no me gusta nada —aseguró Ramón.

Se quedaron silenciosos, mohínos, mirando a Miguel, cuyo estado era en verdad lamentable... Y así estuvieron, hasta que el ruso regresó, y señaló a Lorenzo.

—Usted mismo: venga.

—¿Y Nico? —Se inquietó Lorenzo.

El ruso le dirigió una mirada congelante.

—Cualquier pregunta que se le ocurra, hágasela al señor Ugarte. Yo sólo estoy actuando de asesor. Vamos.

De nuevo precedió Kovarian, al invitado a visitar el despacho de Servando Ugarte. Al llegar allí, abrió la puerta y señaló el interior del despacho. Lorenzo entró..., y en seguida vio a Nico, tendido en el suelo; al mismo tiempo, veía a la gata «Lupita», sobre la mesa, mirando fijamente hacia el suelo..., donde yacía ligarte.

Lorenzo respingó mientras veía esto, y comenzó a volverse al mismo tiempo, llevando la mano hacia donde guardaba la pistola...

Dos dedos, que parecían unas tenazas, se clavaron en su hombro derecho, cerca de la base del cuello, y apretaron. Lorenzo se estremeció, puso los ojos en blanco, y se desplomó, como súbitamente muerto.

El Gran Mago movió la cabeza, y se miró los dedos, admirado.

Luego se inclinó sobre Lorenzo, y, como había hecho antes con Nico, le quitó la pistola, que se metió en la cintura.

—Pues ya tengo dos... —se dijo—. Suficientes.

Salió del despacho, y fue una vez más al dormitorio. Esta vez entró pistola en mano, con lo que se ganó una sobresaltada mirada de Ginés y Ramón, que acto seguido quedaron petrificados.

Kovarian señaló a Miguel.

—Desátenlo, y sáquenlo de aquí, con mucho cuidado. Parece que la hemorragia se ha detenido... Pues bien: si por culpa de ustedes vuelve a reproducirse, los mataré.

Movió la pistola, y Ginés y Ramón se dirigieron hacia el desvanecido Miguel. Apenas estuvieron de espaldas al ruso, oyeron su siguiente orden:

—Quietos un momento.

Se quedaron inmóviles. Kovarian se colocó detrás de Ginés, y le quitó la pistola..., mientras Ramón le observaba de reojo. Esperó a que el ruso se colocase detrás de él, y que deslizase la mano por delante de su pecho...

Entonces, alzó velozmente las suyas, asió el antebrazo de Kovarian, reteniéndolo contra su pecho, y giró hacia la izquierda fuertemente, con poderoso impulso... El resultado lógico habría sido que Kovarian saliese disparado por el lado derecho de Ramón, impulsado por el eficaz *makikomi* de judo, naturalmente, perdiendo el equilibrio, para rodar por el suelo.

Pues no.

Simplemente, Kovarian desplazó su pie derecho hacia delante de Ramón, por el lado derecho, arrastrando suavemente su pie izquierdo. Con tan sencilla maniobra de *taisabaki*, Kovarian quedó delante de Ramón, como si nada hubiese ocurrido, excepto que Ramón le tenía aferrado todavía el brazo derecho.

Bueno. La mano izquierda de Kovarian se movió hacia el rostro de Ramón, acertándole dé lleno en la mejilla derecha, en una bofetada impresionante que resonó como un disparo. Esta vez, las consecuencias sí fueron lógicas: Ramón lanzó un alarido, y salió disparado, para rodar por el suelo..., mientras Kovarian se volvía hacia Ginés, que, naturalmente, estaba aprovechando la ocasión... Aprovechando la ocasión de recibir él también su parte, se entiende.

Cuando el ruso se volvió hacia él, Ginés estaba ya prácticamente encima suyo. El choque era inevitable, sin lugar a dudas. Pero cada cual tiene su modo de chocar con el prójimo. El modo de hacerlo de Mihail Kovarian era muy curioso: alzó el codo izquierdo, girando un poco hacia la derecha, y Ginés se dio contra él como si quisiera incrustárselo en la garganta. Se detuvo en seco, emitiendo un ronco gemido, y justo entonces recibió el rodillazo entre las ingles. Saltó como si tuviese allí un resorte, encogido, lanzando un alarido. Cayó de rodillas, luego de bruces, y se quedó así.

Kovarian se volvió, apuntando a Ramón, que comenzaba a incorporarse.

—Reanímalo inmediatamente, y terminemos —dijo, con gran sosiego.

Con la cara enrojecida por el tremendo tortazo recibido, Ramón se dispuso a obedecer. Se acercó a Ginés, y lo volvió cara al techo.

Ginés no se había desvanecido; tan sólo estaba paralizado por el dolor angustioso que, desde su bajo vientre, irradiaba a todo su cuerpo, como si un alambre múltiple lo estuviese perforando en todas direcciones.

Sin grandes contemplaciones, de pésimo humor, Ramón lo puso en pie. Parecía que las piernas de Ginés fuesen de trapo, y por supuesto, su rostro estaba desencajado.

—Vamos, vamos —instó Kovarian.

Con evidente fuerza de voluntad, Ginés consiguió mantenerse en pie, y ayudó a Ramón a desatar a Miguel. Luego, siempre siguiendo las indicaciones de Kovarian, se pasaron cada uno un brazo del herido por los hombros, y caminaron hacia la puerta.

—Tengo el coche delante de la casa —dijo el ruso—. Van a colocar a Miguel en el asiento de atrás, con todo cuidado, en postura cómoda. Un solo movimiento brusco y ya no jugaremos más: dispararé.

Poco después, salían de la casa.

Hacía un hermoso sol. A su radiante luz, Mihail Kovarian vio a Matilde junto al coche... Pero no tenía la pistola en la mano. Ni estaba sola.

Detrás de ella estaban los tres tipos de la bata blanca. Uno de los blancos empuñaba la pistola que debía estar en manos de Matilde. El otro sostenía un cuchillo. Y el negro Onofre Martínez, colocado justo detrás de Matilde, tenía en la mano derecha otro cuchillo, cuyo filo se apoyaba en la garganta de la muchacha.

Sí, señor. Un hermoso día de sol..., que al Gran Mago le pareció de pronto sombrío, gris, triste.

Nadie se movía; nadie decía nada. En realidad, las explicaciones sobraban: los tres sujetos debían haber oído algo, habían salido de su cubil de trabajo a ver qué ocurría, y, sin duda, habían visto a Matilde junto al coche, con la pistola en la mano. La habían sorprendido, deslizándose hasta ella por detrás del coche, y... asunto concluido.

—¿Qué tal, si efectuásemos todos una conferencia amistosa? —propuso, de pronto, Kovarian.

Su salida de buen humor no pareció complacer a nadie. Ginés y Ramón soltaron a Miguel, que rodó por el suelo. Se volvieron hacia el ruso, y Ramón le quitó la pistola de un manotazo.

—¡Yo te voy a dar conferencia!... —aulló.

Lo que le dio fue un impresionante golpe con la pistola en la cabeza, por encima de la frente.

Entonces sí, realmente, la luminosidad del día se esfumó ante los ojos del Gran Mago, que cayó hacia atrás, con la lejana sensación de estar hundiéndose en un profundo y negrísimo pozo.

CAPÍTULO IX

Pero aquella caída era un viaje que tenía retomo.

Un retorno desagradable, eso sí.

Cuando abrió los ojos y se recuperó lo suficiente, no le gustó nada lo que vio.

Primero vio a Miguel, tendido en el suelo. Parecía muerto. Junto a él vio las ruedas metálicas. Alzó la mirada, y vio la totalidad del sillón, y en él, como siempre, a Matilde Robles. Detrás de ella estaba Nico, apuntando a la cabeza de la muchacha con una pistola, pero clavando su mirada llena de odio en Kovarian.

El cual vio acto seguido a Ginés, Ramón, Lorenzo y Servando Ugarte. Es decir, debía ser la cara de Servando Ugarte la que estaba bajo aquellos costurones rojizos, aquellos terribles arañazos que se cruzaban en sus facciones.

—¿Y mi gata? —susurró el Gran Mago.

Servando Ugarte, cuya cara estaba convertida en un mapa, emitió un chillido de furia, y se abalanzó contra Kovarian, emprendiéndola a golpes y puntapiés con él. Con esto consiguió tres cosas. Una, que el Gran Mago se diese cuenta de que le dolía horriblemente la cabeza. Dos, que Servando Ugarte estaba loco de rabia. Tres, que estaba atado muy sólidamente a uno de los sillones del salón.

—¡Asesino! —gritó Matilde—. ¡Asesino, asesino, ase...!

La violentísima bofetada que le aplicó Ugarte, tras revolverse contra ella, hizo enmudecer a la muchacha. Los ojos del hontemalteco parecían a punto de saltar de las órbitas. Y con la congestión ocasionada por la furia, algunos de los espantosos arañazos que cruzaban su rostro se volvieron a abrir, rompiendo la costra de sangre seca, de modo que la sangre fresca comenzó a

brotar, inundando aquel rostro espeluznante.

De pronto, se calmó. Sacó un pañuelo ya manchado de sangre, y se lo aplicó a las heridas, con gran cuidado. Se olvidó de Matilde, para encararse con Kovarian, al que, de pronto, le arrancó la rubia peluca de un manotazo, y la falsa cicatriz de un tirón.

—¡Está bien, señor Mago! —rugió—. ¿Dónde está la fórmula del *Disox*?

—Usted se la entregó a los rusos, ¿no?

—Le arrancaré los ojos —aseguró Servando—. Igual que su gata ha estado a punto de hacer conmigo. Y cuanto más gracioso sea, más lentamente se los arrancaré, con mis propias manos... Si usted está aquí es que escapó de los rusos. Y si pudo escapar de ellos es porque los mató, y entonces, naturalmente, se llevó la fórmula. ¿Dónde está?

Pepe Chang, que seguía teniendo los ojos como de cristal, pues aún conservaba puestas las lentillas de contacto con esa tonalidad, miró a Matilde, que se mordió los labios y bajó la cabeza.

Volvió a mirar a Ugarte.

—Yo no soy tan asesino como usted —murmuró—. Los rusos están vivos. Y la fórmula está en mi furgoneta.

—¡Usted ha venido con un coche!

—Lo alquilé. Lo dejé cerca de mi furgoneta, me disfracé en ella, y entonces vine aquí con el coche.

—¿Dónde está la furgoneta?

—Pude estacionarla en Sherman Avenue, cerca de Beaver Pond Park.

—¿Y los rusos?

—Están en un bosquecillo, cerca de la carretera 10 A, en dirección a Cheshire, a unas cuatro millas de New Haven, a la derecha. Los podrán encontrar fácilmente si siguen las rodadas que dejé por allí con mi furgoneta, sin abandonar la carretera... ¿Dónde está mi gata?

—La hemos matado —rió Ginés, con sadismo.

Pepe Chang Ivanovitch palideció. No dijo nada más. Miró a Matilde, que le devolvió una triste mirada, y bajó la cabeza. Ni siquiera se interesó por el movimiento del personal enemigo. Sólo pasado un buen rato lo hizo, comprobando que ahora, Matilde y él, estaban bajo la vigilancia de Ginés y Nico. No había nadie más.

Pero sí había un pequeño cambio: habían atado las manos de Matilde a los brazos del sillón.

—¿De verdad la han matado? —susurró.

—No lo sé, Pepe —gimió Matilde—. Me llevaron dentro de la casa, y cuando Ramón y Ginés entraron en el despacho oí varios disparos, pero no sé lo que pasó allí. Lo siento. ¡Siento tanto que, por mi culpa...!

—No digas tonterías. Si alguien tiene culpa de que ocurran cosas malas, no somos ni tú ni yo, sino canallas como éstos...

—¿A que le parto la boca? —rió Nico.

Pepe Chang lo miró inexpresivamente. Luego volvió a mirar a Matilde.

—Supongo que conservas la licencia —murmuró.

—Sí..., sí, pero... ¿de qué va a servirnos? Pepe, cuánto lo siento... Ni siquiera sé quién eres, y vas a morir por mi culpa...

—¿No sabes quién soy? —se sorprendió él—. Pues ya te lo he dicho: Pepe Chang Ivanovitch.

—No... no comprendo cómo puedes seguir bromeando en momentos como éste...

—Tienes razón. En realidad, me llamo José Sánchez Ibáñez.

—¡Oh!

—Sí —sonrió, de pronto, Pepe Chang—. Ya ves qué cosas, ¿eh? José Sánchez Ibáñez, mexicano por más señas. Pero me dije: si me pongo ese nombre en los carteles de anuncio, no me van a hacer mucho caso... Y tampoco me daba la gana ponerme un nombre yanqui, o francés, o así. Entonces escogí precisamente un nombre que tenía que fastidiar a los yanquis, y al mismo tiempo era interesante... ¿Conoces algún nombre mexicano más popular que José?

—No... no.

—Pues eso. Yo me puse Pepe, por José, así que seguía siendo mexicano. Y para darles en las narices a los yanquis, me puse Chang, de Sánchez. ¿Captas el parecido? Y, además, los chinos no son muy amiguetes de los americanos, se diga lo que se diga, así que seguía dándoles en las narices. ¿Qué más?, pensé. Pues un nombre ruso... Así que escogí Ivanovitch, porque es muy ruso..., y se parece algo a Ibáñez... ¿Comprendes? Y así nació Pepe Chang Ivanovitch.

—Oye —rió Ginés—. ¡Tiene gracia este tipo, tú!

—Sí —sonrió torcidamente Nico—. Mucha gracia, mucha.

—Y si me soltasen —los miró amablemente Pepe Chang—, verían qué lindos juegos de manos les haría.

—¡Pero que muchísima gracia! —volvió a reír Ginés.

—¿No? Bueno, ustedes se lo pierden. Pero en ese caso, al menos, no interrumpen la conversación, que eso es de mal educados. Pues si —volvió a mirar a Matilde—, ya ves: nunca podré ser médico.

—¿Mé... médico?

—A por eso iba.

—Pe... pero si trabajas de... de mago...

—¿Mago? ¡Bah, un pobre aficionado con habilidad! Estaba yo un día en un club nocturno de Acapulco, trabajando como un esclavo, de camarero, en jornada doble, para poder pagarme los estudios, cuando un día se dejó caer por allí un mago. Lo estuve mirando, y me dije que eso también podía hacerlo yo, si me enseñaban. Así que me ofrecí para trabajar como ayudante suyo, a cambio de algunas lecciones aceptables. Era un tipo muy amable. Me enseñó algunas cosas. Luego fui aprendiendo otras, ya por mi cuenta, y un día me llevé la sorpresa de que aceptaron contratarme... Hacía dos años que había dejado de estudiar, para, aprender todo eso. Y entonces me dijo: Pepe, ésta es la tuya. ¿Y sabes qué hice?

—¿Qué...?

—Me dediqué a trabajar todo aquel verano. Gané dinero suficiente para volver a Ciudad México, alquilar una habitación y pasarme el invierno estudiando en la Universidad. Jamás... jamás se me habría ocurrido que un hombre pudiese aprender tanto y tan bien si no tenía que hacer otra cosa que estudiar, así que, el verano siguiente, volví a ser Pepe Chang Ivanovitch. Y otro verano, y otro... Y ahora, cuando me quedaba solamente un verano de trabajo como mago, y esperaba reunir el dinero suficiente para el último curso y montar un consultorio..., ya ves lo que ocurre.

—Dios mío... ¡Y todo por mi culpa!

—Ya te he dicho que eso son tonterías.

—Yo... yo también tengo algo que confesarte, Pepe...

—No.

—¡Sí! ¡Tengo que decirte que no!

—¡No digas nada! —Pepe Chang miró de reojo hacia Nico y Ginés, que estaban interesadísimos—. ¡No digas nada, no quiero saber nada! Para mí eres lo que eres..., y lo demás no importa.

Matilde lo estuvo mirando fijamente unos segundos. Luego, bajó los párpados, y permaneció en silencio. Ginés y Nico cambiaron una mirada de desencanto.

—¿Ya han terminado? —protestó Nico—. ¡Con lo que nos estábamos divirtiendo...!

Pepe Chang lo miró.

—¿Por qué no atienden a Miguel? Si no lo hacen, puede morir.

—¡Pues que se muera!

El Gran Mago pareció no haber oído; miró a Miguel, de nuevo a Nico y Ginés, y finalmente, a Matilde.

—¿En qué consiste la fórmula del *Disox*? —preguntó.

—Es un líquido que han inventado Martínez, Pérez y Lorente, después de mucho tiempo de ir probando. Sirve para disociar las moléculas del petróleo.

—¿Y eso qué quiere decir? —se interesó el sorprendido Nico.

—Quiere decir que pueden fabricar pequeñas cápsulas en las que pondrían *Disox*. Unas cápsulas de plástico que pueden ser disueltas en contacto con el petróleo. Al disolverse el plástico, el *Disox* quedaría suelto en el petróleo, y anularía sus propiedades... Se puede introducir en los depósitos gigantes, en oleoductos, e incluso en los mismos pozos, si se contase con la complicidad del personal que estuviese trabajando en ellos.

—Pero... eso quiere decir —forzó su inteligencia Nico— que se podría... anular todo el petróleo del mundo...

—Al menos, quien fuese el propietario del *Disox* podría decidir sobre la economía petrolífera de todos los países, productores. Por ejemplo, en poco tiempo, los países árabes productores podrían quedar completamente arruinados.

—O. Estados Unidos —murmuró Pepe Chang.

—Sí, claro.

—Si los rusos se hacen con el *Disox* pueden provocar una catástrofe. Claro que... quizá hiciesen lo mismo los norteamericanos, en su afán por dirigir el mundo. Se mire como se mire, esa fórmula no es beneficiosa para nadie, Matilde.

—Por eso queríamos vendérsela a los árabes nosotros. Los árabes

la pagarían mejor que nadie, y Hontemala saldría beneficiada. Luego, los árabes sólo tenían que destruir esa fórmula, y todo seguiría igual. En cambio, Servando Ugarte solo quiere esa fórmula para obtener dinero y gran cantidad de armamento de los rusos, dar un golpe de estado sangriento en Hontemala, y ocupar el poder. Desde ahí nadie puede predecir cuál sería su próxima ambición. No ambición de dinero, que ésa podría satisfacerla con la simple venta del *Disox*, no... Quiere ser alguien, importante, ir escalando puestos en el mundo entero... Creo que está loco.

—No. Es sólo un asesino sediento de gloria personal. ¿Están seguros —miró a Nico y Ginés— de que les conviene seguir junto a un hombre así?

—¿Qué quiere? —rió Ginés—. ¿Sobornarnos?

—Piénsenlo bien.

—Si no se calla, le parto los dientes. De verdad, Mago Pepe.

Pepe Chang se calló. Y ya nadie dijo nada más..., hasta que media hora más tarde oyeron la llegada de la furgoneta.

Y segundos después, en el salón, aparecían Servando Ugarte, Lorenzo, Ramón... y Karpof y Basiliev, que dirigieron una mirada hosca a Pepe Chang Ivanovitch. Tenían el contorno de los labios enrojecido, debido al tirón recibido al serles arrancadas las tiras de esparadrapo.

—De acuerdo —se plantó Karpof delante de Pepe Chang—: ¿dónde tiene esa fórmula?

—La quemé.

—¡Le voy a...!

—Pero tengo una copia.

—¿Una copia? —Se adelantó Basiliev, entornando los ojos.

—Sí. La hice en Nueva York, en uno de esos sitios donde te convierten cualquier documento en microfilme. Cuando tuve el microfilme, quemé los papeles. Abultaban demasiado.

Matilde miraba con expresión aterrada a Pepe Chang, pero, por fortuna, nadie le prestaba atención, Todos estaban pendientes del Gran Mago.

—Es usted muy inteligente —deslizó Basiliev—. Espero que, incluso, lo será lo suficiente para comprender que debe entregarnos ese microfilme.

—Está en la furgoneta. Si me llevan allá, les...

Karpof emitió una risita sarcástica, mientras del bolsillo sacaba los cuatro pares de esposas, que hizo oscilar ante los ojos de Pepe Chang.

—Para abrir estas esposas, Ugarte y sus hombres tuvieron que utilizar unas llaves que encontraron en su furgoneta. Y eso es porque, efectivamente, no contienen truco alguno. ¿De acuerdo?

—Sí.

El ruso se acercó más a Pepe Chang, y le colocó los cuatro pares de esposas; dos en las muñecas y dos en los tobillos.

—Con esto —dijo— queda demostrado que no tenemos la menor intención de soltarle las, manos ni un segundo, señor Chang. Ahora vamos a la parte final: o nos dice usted dónde está exactamente el microfilme, o le vamos a cortar la cabeza a la señorita Robles. Y luego a usted, naturalmente. Sólo que a usted, muy lentamente.

—Está en el frigorífico —susurró Pepe Chang—. Dentro de una pequeña cápsula hermética que metí en una botella de leche.

Los rusos se quedaron mirándolo con suma atención. Luego cambiaron una mirada entre ellos. Basiliev se acercó a Lorenzo, le quitó la pistola y fue a apoyar la punta del cañón en la sien derecha de Matilde Robles.

—Le voy a volar la cabeza a la muchacha, señor Chang.

—¡Le he dicho la verdad!

—Tú quédate aquí —dijo Karpof—. Ugarte y yo vamos a ir a ver si eso es verdad.

—¿Y luego? —murmuró Pepe Chang.

Karpof encogió los hombros, sonriendo. Miró a Ramón.

—Usted, venga con nosotros.

Salieron los tres del salón, y segundos después lo hacían de la casa, delante de la cual, cerca del coche alquilado por Pepe Chang, estaba su furgoneta. Fueron hacia ésta, pero Karpof se detuvo, de pronto, y tendió la mano hacia Ramón.

—Su pistola.

—¿Por...? —empezó Ramón.

—Si ésa gata está dentro de la furgoneta, ahora tengo algo que cobrarme de ella.

—¡Oh, no está! ¡Si hemos...!

—Usted no la ha visto aparecer por la ventanilla, como yo. Y según entiendo, no la mataron.

—Bueno, le disparamos, pero... saltó por la ventana, y no sabemos... Está bien, tiene razón.

Ramón tendió su pistola a Karpof, quien, antes de entrar por fin en la furgoneta, se aseguró muy bien de que la gata no estaba dentro. Casi convencido de esto, subió a la paja posterior, seguido por Ramón y Servando Ugarte. Abrió el frigorífico, y vio las dos botellas de leche. Tiró de la cubeta del agua del deshielo, y vació allí una de las botellas. Nada.

Pero cuando estaba vaciando la siguiente, una cosa oscura salió junto con el blanco chorro lácteo. Inmediatamente, Karpof dejó de verter más leche, metió los dedos en la que había en la cubeta y retiró una pequeña cápsula de plástico, que mostró con gesto triunfal a Ugarte y Ramón.

—¡La tenemos! —exclamó Ugarte.

Plop, se oyó el primer disparo... Ugarte se llevó las manos al pecho, y cayó hacia atrás, con los ojos dilatados..., pero sin tiempo ni siquiera para ver cómo Karpof volvía a disparar, tras apoyar la punta del silenciador sobre el pecho de Ramón, que lanzó una exclamación ahogada y saltó hacia atrás, chocando de espaldas contra el gran armario de Pepe Chang.

Sin inmutarse lo más mínimo, Karpof se guardó la cápsula en un bolsillo, guardó la pistola en un bolsillo de la chaqueta y se inclinó para asir a Servando Ugarte por los pies. Lo arrastró hacia el centro de la furgoneta, y dejó caer los pies, que resonaron sordamente.

Luego saltó de la furgoneta, cerró las puertas y se encaminó hacia la casa.

Cuando entró en el salón, todos se volvieron a mirarle.

Karpof sacó la cápsula, mostrándosela a Basiliev.

—Estupendo —sonrió éste.

—¿Y el señor Ugarte? —preguntó Lorenzo.

—¡Ah, sí! —dijo Karpof—. El señor Ugarte. Bueno, creo que no tendrá usted inconveniente en ir a reunirse con él, ¿verdad?

—Claro que no. ¿Dónde...?

Plop.

Lorenzo recibió la bala en el centro de la frente. Saltó hacia atrás, piernas arriba, cayó de cabeza, y eso fue todo.

Ginés y Nico no tuvieron ni siquiera tiempo para terminar su respingo. Incluso estaban todavía palideciendo cuando Nico recibió

en pleno corazón la bala disparada por Basiliev. Ginés se había movido, así que la bala que disparó Karpof no le acertó en la frente, sino en el ojo derecho..., con espectaculares e igualmente trágicos resultados.

—Ve al laboratorio —dijo Karpof.

Basiliev asintió, y salió del salón, impávido. Karpof se volvió a mirar con extraordinaria amabilidad de Pepe Chang, que estaba pálido, demudado el rostro, igual que Matilde Robles.

—Esto es lo que se llama liquidación total —sonrió Karpof.

—Por el amor de Dios —casi tartamudeó Pepe Chang—. ¡No puedo admitir que en Moscú entrenen así a...!

—¡Pero qué Moscú ni qué narices, hombre! —rió Karpof—. ¡No me diga que usted, todo un mago, se ha tragado también ese cuento!

—¿Qué... qué cuento?

—Nosotros no somos rusos, ni espías, ni nos llamamos Karpof y Basiliev. Somos dos tíos listos que nos enteramos de que unos sujetos sudamericanos andaban en busca de contactos con gente del espionaje, y nos metimos en el asunto. Cuando el imbécil de Ugarte nos dijo de qué se trataba, le aconsejamos que no dijera nada más a nadie, que Rusia se iba a encargar de todo...

—Pero no son rusos.

—¿Cómo hay que decírselo? —Gruñó Karpof—. ¡Claro que no somos rusos! Ya le he dicho que somos dos tíos listos, eso es todo. Por lo menos, más listos que Ugarte, que se lo creyó todo... ¡Menudo cretino!

—¿Qué piensan hacer ahora?

—¿Qué pensamos hacer? Bueno, cuando usted nos fastidió pensábamos largarnos con la fórmula, simplemente. Pero eso fue porque las cosas no estaban adecuadas para liquidarlos a todos, y no quisimos correr riesgos. Hoy, los hemos ido separando, así que ha resultado más fácil... Y más conveniente, ya que cuando mi amigo y yo nos marchemos de aquí para siempre, no quedará nadie en condiciones de molestarnos en el futuro. Es mejor así, ¿verdad?

—¿Ha matado a Ugarte y a Ramón?

—Naturalmente.

—Y, naturalmente también, ahora querrán matarnos a nosotros.

—Así es... Pero a ti, amigo Chang, vamos a matarte de un modo

muy especial. Te lo mereces, ya que eres un hombre... ingenioso. Eres infernalmente ingenioso.

—Escuche, no puede..., no debe matar a Matilde. Ella...

—Ella, como usted, tiene ojos. Y lengua.

—Es una inválida...

—Cierre ya la boca, ¿quiere? Por si no puede entenderlo con un par de veces, se lo diré otra más: a mi amigo y a mí no nos importan ustedes, ni nadie. Del mismo modo que nosotros nunca hemos importado a otras personas. Tenemos ahora la probabilidad de convertirnos en multimillonarios, y no pensamos dejar atrás nada que pueda molestarnos en el futuro. ¿Está claro?

—Sí... sí.

—Pues listo el asunto, mago de los demonios. Nosotros nos iremos a Europa, y allá negociaremos adecuadamente el *Disox*. Lo mismo nos dan los árabes, que los israelitas, los franceses, los rusos o los mongoles: el que más pague, tendrá el *Disox*, y... ¿Has terminado allí?

Basiliev, que entraba sonriente, mostró en alto una lata de gasolina.

—Sí —dijo—. Y, además, he encontrado esto en el garaje.

—Pues terminemos. Estoy harto de seguirle la conversación al amigo de la gatita.

—No va a vivir mucho —dijo secamente Basiliev—, pero el rato que viva se estará acordando de nosotros, y del miedo que nos hizo pasar. Apártate.

Karpof se fue hacia la puerta. Basiliev destapó la lata de gasolina, se acercó a Pepe Chang, y pareció a punto de verterle encima el contenido, pero se volvió con el ceño fruncido hacia Karpof.

—Si lo rocío también a él, va a morir en seguida.

—¡Ah, no! —saltó Karpof—. ¡De eso, nada! ¡Que tenga el máximo de tiempo para enterarse! Como es infernalmente ingenioso, lo vamos a enviar al infierno... ¡Je, je, je!

Basiliev comenzó a verter la gasolina por el suelo y los muebles, alrededor de Pepe Chang y Matilde, la cual parecía a punto de desmayarse, y estaba dando tirones a las cuerdas que sujetaban sus brazos a los del sillón...

—No te muevas —dijo Pepe Chang—: sería peor.

—Sí —rió Basiliev—. Porque ya se sabe: cuanto más se mueve uno, más se acalora.

Terminó de vaciar la lata, ya en la puerta. Alrededor de Matilde, Miguel y Pepe Chang, el suelo estaba cubierto por un charco de gasolina, cuyo olor era ya intenso. Basiliev tiró la lata vacía dentro del salón y encendió una cerilla.

—Adiós, Gran Mago —dijo.

Tiró la cerilla sobre la gasolina, echándose hacia atrás... Hubo un rugido, brotó una densa nube de humo negrísimo, y en un instante las rugientes llamas rodearon a Pepe Chang, Matilde y Miguel, mientras Karpof y Basiliev echaban a correr hacia la salida de la casa.

Y en cuanto ellos echaron a correr, Pepe Chang comenzó a mover las manos, dando suaves tirones de las cuerdas y las esposas. Con los ojos irritados por el humo y las lágrimas, Matilde Robles le vio soltarse, en menos de dos segundos, la mano derecha, libre de esposas y cuerdas. La estupefacción de la muchacha fue tal que durante un instante ni siquiera recordó la situación en que se hallaba. Un instante brevísimo, desde luego.

Instante que Pepe Chang no había desaprovechado. Con velocísimos movimientos, se había librado de la totalidad de las cuerdas que lo sujetaban. Luego, se inclinó, y, con la misma facilidad que si dispusiera de la llave, abrió las esposas que sujetaban sus tobillos.

Las tiró a un lado, y se acercó a Matilde, tosiendo.

—¡Sigue ahí, en la silla, es lo mejor! —gritó.

Alzó a Miguel, y lo colocó sobre las rodillas de Matilde, que comprendió en seguida, cuando Pepe Chang se colocó tras el sillón de ruedas y gritó:

—¡Tápate la cara!

Matilde alzó los brazos. Inmediatamente, Pepe Chang empujó el sillón rodante, con toda su fuerza, directo hacia las llamas que ocultaban la parte inferior de la puerta... Atravesó el círculo de fuego con tal potencia y velocidad, que no pudo detenerse cuando habría deseado, sino que cruzaron casi todo el amplio vestíbulo, directos hacia la pared de enfrente. Para frenar, Pepe Chang hizo lo primero que se le ocurrió: se dejó caer al suelo. Y la silla, tras arrastrarlo tres o cuatro metros, se detuvo, por fin, a pocos

centímetros de la pared.

El Gran Mago se puso en pie velozmente, hizo girar la silla, y se lanzó por el pasillo. Giró a la derecha, y apareció a toda marcha en la cocina, que, como había supuesto, tenía una puerta que daba a la parte de atrás del jardín. Las llamas quedaban ya muy lejos. Muy pronto, sin duda, ardería toda la casa, pero de momento allí no corrían peligro, así que ordenó:

—¡Quédate aquí, no te muevas por nada; quizá todavía estén ahí fuera, viendo cómo arde la casa!

Había visto la puerta abierta a un lado de la cocina. Se precipitó escaleras abajo, hacia la bodega..., que ya no era tal bodega. En seguida se dio cuenta de que había sido habilitada como laboratorio...

Y en seguida, también, vio al primero de los tres sicarios científicos de Servando Ugarte. Era Onofre Martínez. Estaba tendido boca arriba, con los brazos y las piernas formando una gran X. Al inclinarse sobre él para examinarlo, vio a los otros dos, tendidos de cualquier manera un poco más allá, rodeados de cristales rotos, húmedo el suelo a su alrededor.

—Por el amor de Dios —jadeó—. ¡Es cierto, los han matado a los tres..., los han matado a todos!

Se lanzó escaleras arriba, apareciendo en la cocina como disparado por un cañón. El humo llegaba ya hasta allí, y Matilde estaba de nuevo forcejeando con las cuerdas que la sujetaban al sillón... Pepe Chang abrió la puerta, y empujó el sillón hacia el jardín, alejándolo de la casa. Luego, volvió a la cocina, hacia donde había visto el teléfono.

Descolgó el auricular, y marcó el primer número que se le ocurrió.

—¿...?

—Escúcheme bien, señora, por favor. Tiene que hacer usted dos cosas con la máxima urgencia. Primero, avise a los bomberos de que hay fuego en el 812 de Columbus Avenue. Luego, llame a la patrulla de caminos y dígales que detengan un «Dodge» de color granate, matrícula de este estado, número 632 019...

En ese coche van los incendiarios. Se lo voy a repetir: Columbus Avenue. Coche «Dodge», color granate, de Connecticut, número

seis, tres, dos, cero, uno, nueve. ¡Hágalo ahora!

Colgó, salió corriendo al jardín y rodeó la casa.

El coche alquilado ya no estaba allí.

Lo que había allí era mucho humo, así que corrió, saltó a la furgoneta y casi lanzó un grito de alegría al ver la llave en el contacto. Puso en marcha el vehículo y fue a detenerlo donde esperaba Matilde, todavía con Miguel sobre sus piernas. Saltó al suelo, abrió las puertas de atrás y tomó en brazos a Miguel, depositándolo cuidadosamente en el piso..., muy cerca de los cadáveres de Ugarte y de Ramón.

Luego, desató rápidamente a Matilde, la tomó en brazos y la dejó junto a Miguel. Sin más, cerró las puertas y corrió hacia la cabina. Se detuvo en seco.

—«¡Lupita!» —exclamó.

Metió la mano en el bolsillo y sacó el silbato, en el que sopló con toda su fuerza.

—¡Maaaooooo!...

—¡«Lupita!»! —llamó—. ¿Dónde estás?

—¡Maaaooooo!...

Pepe Chang se volvió hacia uno de los grandes plátanos, y corrió hacia allí, mirando ya hacia las ramas altas.

—¡«Lupita!»!

—Maaaa... —Llegó el ahora tremolante maullido.

La gata estaba arriba, en efecto, en una rama, a más de siete metros del suelo. No se atrevía a bajar. Un gato sube a cualquier sitio, pero ya no le resulta tan fácil bajar, quizá por el simple hecho de que no se les ocurre descender de espaldas al suelo...

—¡Salta! —gritó Pepe Chang—. ¡Salta, «Lupita!»!

—Maaaa...

—¡Salta! ¡Ven! ¡Ven, «Lupita!»!

La gata saltó con cierta dificultad a una rama inferior. Y desde allí, tras nueva vacilación, saltó hacia Pepe Chang, que retrocedió vivamente un paso y la agarró en el aire, a un metro del suelo... En el acto, se miró la mano derecha, manchada de sangre. Se mordió los labios, corrió hacia la furgoneta y se metió dentro.

—Quietecita aquí —susurró, dejándola en su asiento—. Te voy a curar muy pronto; prometido. Y tendrás razón doble de caviar persa. O triple... ¡Bueno, todo el que quieras!

Naturalmente, mientras hablaba había puesto de nuevo en marcha la furgoneta...

Así que, cuando llegaron los bomberos, Pepe Chang ya no estaba allí.

CAPÍTULO X

Pedro salió corriendo de la casa apenas la furgoneta se detuvo ante ella.

—¿Los trae? —gritó—. ¿Los trae?

Pepe Chang, asintió con la cabeza, y saltó al suelo. Pedro se reunió con él en la parte posterior del vehículo.

—¿Compró todo lo que le dije?

—Sí, sí... Hay suficiente para curar a diez heridos.

—Por fortuna, sólo tenemos dos.

—¿Dos? —Palideció Pedro—. ¿Han herido a Matilde?

—No; a «Lupita». Pero no se acerque a ella. Antes que nada, ayúdeme a llevar a Miguel dentro de la casa.

Abrió las puertas. Matilde, sentada junto a Miguel, parpadeó...

—No te muevas de aquí —dijo Pepe Chang—: venga a buscarte en seguida.

—Sí... Sí, está bien.

Pedro estaba mirando, impresionado, a Ramón y Ugarte. Cuando miró a Pepe Chang, éste movió la cabeza negativamente.

—No he sido yo. Luego le explicaré. Ahora tengo que curar a Miguel, que se está desangrando... Y mientras yo lo curo —lo llevaban ya hacia la casa—, usted se va con mi furgoneta a cualquier lugar secreto, y deja allí a Ugarte y al otro. Después, antes de volver aquí, se da un paseo por las carreteras que van hacia Nueva York, a ver si han atrapado a los dos tipos del «Dodge».

—¿Qué «Dodge»?

—Y ponga la radio. Quizá pueda escuchar algo al respecto.

—No entiendo nada, pero lo haré. He preparado el dormitorio más...

—No. Sobre la mesa.

Colocaron a Miguel sobre la mesa, y Pepe Chang fue hacia la puerta de nuevo.

—Tráigalo todo aquí. Yo voy a buscar a Matilde, y luego a «Lupita».

Regresó a la furgoneta, y tomó en brazos a Matilde, que le miraba de un modo extraño, como vacilante.

—De momento —dijo Pepe Chang—, tendrás que conformarte con una silla. Hoy mismo intentaré comprarte una de ruedas en New Haven, o en Nueva York.

—Pepe, yo...

—No puedo distraerme ahora, querida.

La llevó al comedor, la dejó sentada en una silla y la besó en la nariz. Volvió a salir, y regresó antes de un minuto con «Lupita». Pepe Chang estaba lívido.

—Un centímetro más arriba —murmuró—, y en lugar de abrirle un surco en la panza, la bala le penetra hacia el corazón... ¿Todavía está usted aquí? ¡Vaya a hacer lo que le he dicho!

—Sí, señor —respingó Pedro—. ¡Sí, señor, sí!

—¡Y si ve a Marina por ahí, dígale que venga!

Pedro se detuvo en seco. Vaciló, miró a Matilde, a Pepe Chang, de nuevo a Matilde...

—Sí, señor... Se lo diré si la veo.

Salió de la casa y, segundos después, oían alejarse la furgoneta.

—Pepe, tengo que...

—Por favor, Matilde, luego. Todo lo que te pido ahora es que te estés ahí, quietecita y calladita. ¿Puedes hacerlo, por Miguel y «Lupita»?

—Sí... —murmuró ella—. Sí puedo.

ESTE ES EL FINAL

Pedro regresó pasadas las seis de la tarde. Para entonces, las noticias ya eran viejas para Pepe Chang: la patrulla de caminos había intentado detener al coche «Dodge» denunciado, pero el hombre que lo conducía no había aceptado la barrera, se había saltado ésta haciéndola pedazos, se había metido en la cuneta, había salido..., y había ido finalmente a estrellarse contra uno de los grandes árboles, donde se incendió de tal modo que en pocos segundos los dos ocupantes quedaron convertidos en cenizas.

—Es un justo castigo, ¿verdad? —dijo Pedro.

—Así parece —murmuró Pepe Chang—. Es de suponer que el microfilme habrá quedado, también, reducido a cenizas. Ahora sólo nos falta saber qué hacemos con la fórmula que tiene usted, Pedro.

—Pues... Vaya, no entiendo... Usted ya sabe lo que queremos hacer con ella, ¿no? ¡Vendérsela a los árabes por mil mill...!

—¿Y si los árabes, en lugar de destruirla, se dedican a utilizar el *Disox* contra las explotaciones petrolíferas de Occidente?... Quizá se pasen de listos, y quieran tener el control mundial absoluto de la producción de petróleo... ¿Qué pasaría entonces?

—Pu... pues... no sé...

—Yo, sí: sería la Tercera Guerra Mundial, porque Estados Unidos no permitiría eso. Ni otras potencias. En cambio, quizá Rusia considerase estupenda la oportunidad de explotar su amistad con los árabes.

—No... no... no habíamos... habíamos pensado en eso...

—Pero puede suceder, ¿verdad?

Matilde y Pedro cambiaron una mirada. La gatita «Lupita», con

el vientre vendado, yacía sobre una almohada colocada encima de la mesa. Miguel dormía, derrengado, pero en vías de curación, en uno de los dormitorios.

—Quemaremos esa fórmula —susurró Matilde.

Pepe Chang la miró sonriente.

—Eso es lo que me hace preferirte a tu hermana Marina. Ella no habría reaccionado así, estoy seguro. Es una víbora. Y bien mirado, aunque aparentemente es como tú, no es cierto... Hay en el fondo de sus ojos una maldad terrible, un egoísmo repugnante... ¿Verdad, Pedro?

—Pu... pu... pues yo... no sé...

—Sí, hombre, Marina es repugnante, Se lo digo yo. En cambio, Matilde es angelical... Y una criatura angelical no puede estar condenada a pasarse la vida en una silla de ruedas. Así que... voy a utilizar mi magia para curarla.

—¿Su... su... su... su... magia?...

—Sí, hombre, ya verá. Yo voy a mirar fijamente a Matilde, muy fijamente, y la sugestionaré, y le daré una orden que ella no tendrá más remedio que obedecer. ¡Atención! —Miró fijamente a Matilde—. ¡Mírame fijamente, Matilde Robles!... ¡Así, fijamente!... Y escucha con toda atención esta orden inapelable: *levántate y camina hacia mí*.

Matilde Robles sonrió, se puso en pie, se acercó a Pepe Chang, y se colgó de su cuello.

—No te engañé ni siquiera un segundo, ¿verdad?

—¡Milagro! —exclamó Pepe Chang Ivanovitch—. ¡Acabo de realizar un milagro!

Pedro se echó a reír, pero Matilde frunció el ceño..., aunque sin separarse de Pepe Chang, al que parecía querer encadenar para siempre.

—No te engañé, ¿verdad? —insistió.

—¡Maldita sea mi estampa!... —Gruñó Pepe—. ¡Claro que no me engañaste! Primero, porque tengo ojos en la cara, y segundo, porque no podían haber dos como tú... No existe tu hermana Marina: eras tú, que conmigo, aun no confiando del todo, seguiste el juego que, habías iniciado con Servando Ugarte, simulando estar inválida y de este modo estar preparada para todo. Incluso para salir por las noches con todo sigilo y pese a la vigilancia, mientras

todos te creían durmiendo, desamparada e indefensa en tu cama... Y como comprendí eso, te quise seguir el juego, a ver hasta dónde llegabas. De momento, admite que te ganaste el tortazo.

—Yo quise decírtelo en...

—Sí, claro. Cuando estaban aquellos tipos delante, con lo que, si tú tenías alguna oportunidad por confiarse ellos, no la podrías aprovechar. Si yo estaba dispuesto a esperar a soltarme cuando ellos se hubiesen marchado, so pena de recibir un balazo, tú también podías tener paciencia y astucia, ¿no?

—¿Estás enfadado?

—Estoy desconcertado. —Pepe Chang miró a Pedro—. Pedro, ¿con cuál me quedo? ¿Con «Lupita» o con Matilde?

—Yo creo —rió Pedro— que éste sería un caso de bigamia justificado, señor Chang.

—Sugerencia aceptada. Aunque, bien mirado..., ¿por qué no con las tres: Matilde, Marina, «Lupita»?... Pero vayamos por partes —se inclinó hacia los labios de Matilde—. Empecemos, en primer lugar, con Matilde..., y si me gusta..., me la quedo definitivamente.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 45 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle...